



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesis de Belgrano

**Facultad de Humanidades
Carrera de Licenciatura en Psicología**

El concepto de pulsión en la obra de Freud

Nº 91

Clara María Sanz

Tutora: Jorge Luis Santalla

**Departamento de Investigación
Octubre 2003**

Agradecimientos

Tengo aquí la oportunidad de agradecer a todos los Docentes de la Universidad por dedicar su tiempo a formarnos y a transmitirnos su experiencia. El papel que cumplen en nuestra formación académica es fundamental y creo el más importante, pues si no hubiese docentes, tampoco habría alumnos.

Quiero agradecer a todos los psicoanalistas que me acercaron al psicoanálisis. Ellos despertaron en mí la vocación, el interés y el deseo por esta rama. Agradezco enormemente a la Lic. Adriana Rubistein y a toda su Cátedra por haberme permitido acompañarlos en una parte de su trabajo. Esto significó un honor y un placer que marcó un punto muy importante en mi carrera.

Principalmente quiero agradecer al Dr. Jorge Luis Santalla por su dedicación, compromiso y apoyo en la realización de este trabajo. Cada encuentro semanal fue esperado con ansias y lo he disfrutado en todos los sentidos. Reconozco en él no solo una formación teórica sobresaliente, sino una calidad humana, cariño y disposición personal sorprendentes. La parte más gustosa de este trabajo fue la de tener la posibilidad, el placer y el honor de desarrollarlo de su mano y con su orientación. La mayor enseñanza que me queda de esta experiencia es la de haberla compartido con él, un ejemplo de persona. No tengo palabras para expresarle mi gratitud, razón por la cual, quiero dedicarle este trabajo, nuestro trabajo, a él, a mi admiradísimo tutor: el Dr. Jorge Santalla, con mucho cariño.

Muchas gracias.

Resumen

En el presente trabajo se realiza una revisión del concepto de pulsión en la obra de Freud a partir de muchos de sus escritos. El objetivo principal es arribar a una definición de dicho concepto en la obra freudiana, indicar las distintas características y clasificaciones que el concepto de pulsión posee y precisar como fue evolucionando y cambiando a lo largo de los años a partir de sus observaciones en la experiencia. Se plantea la polémica cuestión que supondría discriminarla del instinto, para lo cual se hace uso de recursos bibliográficos de otros autores. Se realiza un recorrido respecto de la definición de pulsión en sí misma, precisando sus características, desde 1905, año en el que Freud nos brinda la primera definición, hasta 1938 en el que brinda su última y más acabada definición. Se rastrean las diferentes formas de ordenamiento que iban sufriendo las pulsiones, a saber, en un primer momento pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación, luego libido del yo y libido de objeto, y finalmente pulsión de vida y pulsión de muerte. Para completar, se presentan los últimos desarrollos que realiza Freud, a finales de su obra, en relación a la doctrina de las pulsiones; precisamente lo concerniente a la mezcla y desmezcla pulsional y a la pulsión de destrucción.

Introducción

El cuerpo teórico del psicoanálisis dispone de una cantidad de conceptos claves -que Freud fue desarrollando- y de los que no se puede prescindir. El de pulsión es uno de ellos.

A Freud se le hizo necesaria la "construcción" del concepto de pulsión, a los efectos de dar cuenta de las diferentes circunstancias con las que se encontraba en su experiencia cotidiana, tanto clínica como social. Fue esta misma experiencia la que contribuyó a que tanto el concepto, como su contenido se fueran modificando y ampliando con los años.

En este trabajo me propongo realizar un recorrido, siguiendo la huella de Freud a lo largo de toda su obra, para tratar de establecer y colegir las modificaciones que iba sufriendo a lo largo de los años a partir de lo que se le presentaba en su experiencia (o trabajo cotidiano). Mi intención es lograr una aproximación lo más ordenada y precisa posible a este concepto, ya que, como el mismo Freud dice: "Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación" (Freud, 1933: 88). Esto, hace de las pulsiones un elemento importante, y a la vez oscuro, de la investigación psicológica.

Freud nos advierte en 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915) que ninguna ciencia comienza con conceptos básicos bien claros y definidos con precisión; sino que el comienzo correcto de la actividad científica consiste en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les es sometido. En rigor, poseen entonces el carácter de convenciones, no obstante lo cual es de interés extremo que no se las escoja al azar, sino que estén determinadas por relaciones significativas con el material empírico, relaciones que se cree colegir aun antes que se las pueda conocer y demostrar. Sólo después de haber explorado más a fondo el campo de fenómenos en cuestión, es posible aprehender con mayor exactitud también sus conceptos científicos básicos y afinarlos para que se vuelvan utilizables en un vasto ámbito, y para que, además, queden por completo exentos de contradicción. Entonces quizás haya llegado la hora de acuñarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones. También los 'conceptos básicos' fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido. Un concepto básico convencional de esa índole, por momentos bastante oscuro, pero del cual en psicología no se puede prescindir, es el de pulsión. Freud intenta llenarlo de contenido desde diversos lados. El concepto de pulsión en Freud, es utilizado de manera instrumental.

Mencionaré a continuación los artículos más significativos de la vasta obra de Freud en relación a esta temática, y que serán la base de mis desarrollos.

El primer escrito en el que Freud trata explícitamente y con detenimiento la cuestión de la pulsión, es 'Tres ensayos de teoría sexual' (1905). En él, el concepto freudiano de pulsión se establece en relación con la descripción de la sexualidad humana. El concepto de sexualidad -y con él, el de pulsión sexual- no pudo menos que extenderse a ámbitos de las expresiones humanas que no se subordinaban a la función de reproducción. Esto provocó sorpresa, confusión y hasta escándalo en una sociedad no acostumbrada a pensar en términos de pulsiones sexuales las expresiones humanas en general, las actividades infantiles y

la patología. En ese entonces, brinda una primera definición de pulsión. En estos ensayos, habla de pulsiones sexuales, pero, en 'La perturbación psicógena de la visión' (1910) ya introduce a las pulsiones yoicas. Al comienzo, el análisis de las neurosis de transferencia lo lleva a establecer la oposición entre las pulsiones sexuales, que están dirigidas al objeto, y otras pulsiones a las que llama yoicas, que sirven a la autoconservación del individuo. Esto le permite avanzar un buen trecho en el análisis de las psiconeurosis. A partir de aquí, y a lo largo de toda su obra, su concepción es siempre dualista.

El paso siguiente se da con 'Introducción del Narcisismo' (1914) cuando el psicoanálisis pudo tantear de más cerca al yo psicológico, del cual al comienzo sólo había tenido noticia como instancia represora, censuradora y habilitada para erigir vallas protectoras y formaciones reactivas. Se llegó a la intelección de que el yo era el reservorio genuino y originario de la libido, la cual sólo desde ahí se extendía al objeto. El yo pasó a formar parte de los objetos sexuales, y enseguida se discernió en él al más encumbrado de ellos. De este modo, la oposición originaria entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales se vuelve insuficiente, y puede pensarse en un conflicto entre la libido del yo y libido de objeto. Las pulsiones de autoconservación narcisistas debieron computarse, entonces, entre las pulsiones sexuales libidinosas. La oposición, entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, se convirtió en la que media entre pulsiones yoicas y pulsiones de objeto, ambas de naturaleza libidinosa.

'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915) es el artículo princeps que trata la temática de las pulsiones. En este artículo define la naturaleza de la pulsión, enriquece su definición y discute algunos términos que se usan en conexión al concepto de pulsión.

En 1920, con 'Más allá del principio del placer', se da otro giro importante. Aparece la compulsión a la repetición, y con ella, se modifica la definición de la pulsión y se arriba al último dualismo pulsional: pulsión de vida (Eros) y pulsión de muerte. En un principio parece computar a las pulsiones de autoconservación del yo entre las pulsiones de muerte, de lo cual posteriormente nos abstiene, corrigiéndose. Surge una nueva oposición entre pulsiones libidinosas (yoicas y de objeto) y otras que han de estatuirse en el interior del yo y quizá puedan pesquisarse en las pulsiones de destrucción. La especulación convirtió esta oposición en la que media entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

En 1923, en 'El yo y el ello', vuelve a abordar el tema a la luz de su recientemente completado cuadro de la estructura psíquica, y nos acerca la mezcla y desmezcla pulsional.

En 1930, en 'Malestar en la cultura' presta especial consideración por primera vez a las pulsiones agresivas y destructivas.

Por último en la 'Conferencia 32ª' de 1933 se establece una revisión del tema y explica los fenómenos del sadismo y el masoquismo en relación a la doctrina de las pulsiones. Para ello, toma como punto de partida y a la vez como fundamento el fenómeno clínico llamado por el "reacción terapéutica negativa", basada en el sentimiento inconsciente de culpa.

En la primera parte de éste trabajo, me propuse tratar de establecer una discriminación entre pulsión e instinto, y es en el único tema en el que recurrí a otros autores, además de Freud.

Hay ciertos antecedentes del concepto de pulsión antes de 1905, año en el que Freud utiliza el término en el modelo psicoanalítico; en la segunda parte de este trabajo me propongo rastrear alguno de ellos.

A continuación, se realiza un recorrido en relación a las definiciones que va aportando Freud del concepto de pulsión a lo largo de los años y; cómo éstas se van modificando, ampliando y complejizando.

A su vez, y en paralelo a la definición de pulsión, Freud va modificando los dualismos pulsionales a partir de ciertos descubrimientos. Con lo cual, sigue a la definición de pulsión, los tres momentos más importantes en cuanto a sus dicotomías.

El último apartado de este trabajo trata los desarrollos de los últimos años en relación a la teoría de las pulsiones.

Desarrollo

Puntualizaciones acerca del instinto y la pulsión

Freud utiliza en su idioma original la palabra *Trieb* para referirse a una condición particular del psiquismo humano y que fuera vertida al castellano, según quien fuera su traductor, como instinto o pulsión. Esta dificultad en las traducciones, puede deberse -en principio-, a que en castellano no existe la palabra pulsión. Si buscáramos en el diccionario de la Real Academia Española, el vocablo pulsión, veremos que no aparece. Aunque más adelante profundizaremos en la cuestión, vale la pena recordar que la traducción inglesa vierte *Trieb* por *Instinct*.

Las dos traducciones más importantes de las Obras de Freud al castellano, son las realizadas por López Ballesteros y por Etcheverry. El primero traduce la palabra *Trieb* por instinto, mientras que el segundo utiliza el término pulsión. Esta diferencia nos está mostrando que hay una dificultad que data desde hace varios años y eventualmente la necesidad de encontrar una justificación para cada uno. Creo que es necesario, antes de comenzar el desarrollo del concepto de pulsión, intentar una discriminación entonces, con el de instinto.

El mismo Freud ya estaba al tanto de las peculiaridades del término, pues como vemos, en '¿Pueden los legos ejercer el análisis?' (1926) dice: "*Triebe* (<pulsiones>), un término que muchas lenguas nos envidian." (1929: 187) Freud es consciente de la especificidad y dificultad del término que emplea; dificultad que lo acompaña hasta el final de su obra: "Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación." (Freud, 1933: 88)

Diferentes autores escriben sobre esta dificultad que nos estamos planteando. Laplanche y Pontalis (1993) en su 'Diccionario de psicoanálisis', dicen al respecto: "Desde el punto de vista terminológico, el término «pulsión» fue introducido en las traducciones de Freud como equivalente al alemán *Trieb*. Las traducciones francesas utilizan la palabra pulsión, para evitar las implicaciones de términos de uso más antiguo, como «instinto» y «tendencia». Este convenio no ha sido siempre respetado, a pesar de estar justificado." (1993: 324)

Laplanche y Pontalis (1993), en otros apartados, nos comentan que algunos autores, sin especificar quienes, al parecer, emplean indistintamente los términos *Instinkt* y *Trieb*; otros parecen efectuar una distinción implícita, reservando *Instinkt* para designar, por ejemplo en zoología, un comportamiento hereditariamente fijado y que aparece en una forma casi idéntica *en todos los individuos de una misma especie*.

Ahora bien; en Freud se encuentran ambos términos: tanto *Trieb* como *Instinkt*. A los efectos, Laplanche y Pontalis (1993) explicitan acepciones claramente diferentes para ambos. "Cuando Freud habla de *Instinkt*, es para calificar un comportamiento animal fijado por la herencia, característico de la especie, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto" -mientras que- "el término «pulsión», aunque no forma parte del lenguaje corriente como *Trieb* en alemán, tiene, no obstante, el mérito de que pone en evidencia el sentido de empuje." (1993: 324-5) Ellos opinan que el término *Instinct*, debe reservarse para traducir *Instinkt*, ya que si se lo utiliza para traducir *Trieb*, falsea el sentido del concepto en Freud.

Hanns (1996), por su parte, en su 'Diccionario de términos alemanes de Freud', titula el apartado sobre la pulsión de la siguiente manera: "Pulsión, instinto: *Trieb*". Esto nos está mostrando, que algunos autores toman ambos conceptos como si tuvieran la misma significación. Este autor nos dice: "Tanto en el lenguaje popular como en otros campos (incluyendo la psicología como el psicoanálisis), se emplean las palabras *Instinkt* (instinto) o *Drang* (especie de presión interna desagradable) como sinónimos de *Trieb*." (1996: 382)

"*Trieb* es traducido generalmente como "instinto" o "pulsión". El término pulsión no es de uso corriente en español, es un neologismo del lenguaje psicoanalítico; por eso, *Trieb* será contrapuesto solo a "instinto", que es de uso coloquial en español." (Hanns, 1996: 387) Esto nos muestra que no todos diferencian la pulsión del instinto como algo conceptualmente diferente.

Podemos ver, a su vez, intentos por diferenciarlos. Paul Laurent Assoun (1982), en 'Introducción a la epistemología freudiana', nos dice: "Se sabe que la pulsión (*Trieb*) es en Freud la presión cuyo fin es suprimir un estado de tensión que aparece en la fuente somática por medio de un objeto. Por tanto, conviene representársela como una excitación interna, lo cual dispensa de colocar en la idea freudiana de pulsión la idea de actividad exuberante asociada con el término vecino de instinto [...] En efecto, comprendamos bien que la pulsión no es en Freud la manifestación activa y positiva de un instinto concebido como principio: es, mucho más modestamente, un disturbio económico, insatisfacción que se notifica como por superar." (Assoun, 1982: 182)

El interés por esta temática, continúa hasta nuestros días. Autores más contemporáneos continúan hablando de esta dificultad. Rolan Chemama (1996) en su 'Diccionario del Psicoanálisis' nos dice al respecto: "Una primera dificultad en el abordaje del concepto de pulsión consiste en resistir la tentación psicologizante, la tentación de comprender rápidamente, que tendería por ejemplo a asimilar la pulsión al instinto, a

darle el nombre de pulsión a lo que quedaría de animal en el ser humano. Las primeras versiones, en castellano, inglés y francés, de los textos freudianos han favorecido este malentendido, proponiendo casi sistemáticamente traducir como instinto el término alemán *Trieb*.” (1996: 362)

Este problema se discute en el tomo ‘Sobre la versión castellana’ de la traducción de Etcheverry. En el apartado sobre las pulsiones leemos: “En los últimos años, siguiendo tal vez a la Standard Edition, se lo ha empezado a traducir sistemáticamente al castellano por «instinto». Pero sucede que las palabras no son inocentes. Traen siempre adherida, por así decir, como una sombra, como un destello de la realidad intuida. Strachey sostiene que, después de todo, el término se llenará de contenido en la lectura misma. No parece así; se llenará de contenido, pero desde un contenido que ya tiene. Si leemos «instinto», nos orientaremos hacia cierto ámbito de las teorías biológicas. Y Freud usa la expresión *Instinkt* en su acepción moderna: una conducta preformada, heredada; así, se refiere al instinto de los animales. En cuanto a la existencia de instintos en el ser humano, he ahí algo que constituye un problema no resuelto para él. Sugiere que puede haberlos, que ciertas formas de comportamiento acaso se han incorporado al patrimonio de la humanidad por vía de la herencia de los caracteres adquiridos.” (1976: 50)

Veremos, a continuación de especificar, en lo posible cada término.

- El instinto

Como vimos Freud utiliza los vocablos *Trieb* e *Instinkt*, y alguna razón debe haber para que así fuera.

Podemos dividir este apartado- titulado ‘El instinto’- en tres partes. En la primera rastrearé el concepto de “instinto” en diccionarios psicoanalíticos y en enciclopedias y diccionarios no psicoanalíticos. Luego citaré las veces que Freud menciona la palabra *Instinkt*, y finalmente me dedicaré siguiendo a Freud, a lo que correspondería al orden de lo instintivo en los seres humanos y en qué consistiría.

No pretendo dejar esclarecida de manera acabada esta cuestión, pero me propongo rastrear el instinto en la obra de Freud y también tomarlo por fuera de él, para ver si se puede esclarecer un poco esta problemática.

Definiciones de Instinto

Para introducirnos al problema propongo empezar con lo que dice en la entrada de instinto del ‘Diccionario de psicoanálisis’ de Laplanche y Pontalis (1997):

“A) Clásicamente, esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad.

B) Término utilizado por algunos autores psicoanalíticos franceses como traducción o equivalente del término freudiano *Trieb*, para el cual, en una terminología coherente, conviene recurrir al término francés «pulsión».

La concepción freudiana del *Trieb* como una fuerza que empuja relativamente indeterminada, en cuanto al comportamiento que origina y al objeto que proporciona la satisfacción, difiere notablemente de las teorías del instinto, tanto en su forma clásica como en la renovación aportada por las investigaciones contemporáneas [...] El término «instinto» tiene implicaciones claramente definidas, que están muy alejadas del concepto freudiano de pulsión [...]

Vemos, pues, que Freud utiliza dos términos que pueden contraponerse claramente, incluso aunque él no hizo intervenir de forma explícita esta oposición en su teoría. En la literatura psicoanalítica, la oposición no se ha mantenido siempre, sino todo lo contrario. La elección del término instinto como equivalente de *Trieb* no es solamente una inexactitud de traducción; además ofrece el peligro de introducir una confusión entre la teoría freudiana de las pulsiones y las concepciones psicológicas del instinto animal y de velar la originalidad de la concepción freudiana, en especial la tesis del **carácter relativamente indeterminado del empuje motivante, los conceptos de contingencia del objeto y de la variabilidad de los fines.**” (1997: 198)¹

Esto que dicen Laplanche y Pontalis, me lleva a pensar en que si es tan evidente la diferencia entre instinto y pulsión, porqué han sido traducidos como términos equivalentes.

De la misma manera, Chemama (1996) dice sobre el instinto: “Esquema de comportamiento característico, en el mundo animal, de una especie, que varía poco de un individuo a otro, que es transmitido genéticamente y parece responder a una finalidad.

Si Freud utiliza algunas veces el término alemán *Instinkt* para designar «esquemas filogenéticos hereditarios», usa en cambio el término *Trieb* para lo concerniente a los procesos tendientes a la conservación del individuo o de la especie. Este último término, traducido a veces también como «instinto» [por ejemplo en la

1. Las negrillas son mías, salvo se especifique lo contrario.

versión española de las O. C. de Freud de López Ballesteros], se traduce más adecuadamente como «pulsión». Porque el término «instinto» corre el riesgo de hacer desconocer el carácter variable del objetivo, o la contingencia del objeto, en la sexualidad humana.” (1998: 228-9)

Buscaremos definiciones de instinto ajenas al psicoanálisis, para tratar de ver si se aclara la cuestión. Tal vez, la confusión está en la definición misma de instinto.

La misma dificultad que trato de esclarecer se encuentra en el modo en que es tratado el concepto de Instinto en la Enciclopedia Encarta.

En el 'CD ROM de la Enciclopedia Encarta de Microsoft' (2001), en la entrada de instinto dice: “**Instinto**, en zoología y psicología, característica innata de una especie animal particular que origina modelos de comportamiento complejos, de forma que los miembros de una especie son capaces de responder de forma adecuada a una gran variedad de situaciones en la naturaleza. Por lo general, estos comportamientos suponen modelos de respuestas a un estímulo determinado y, con frecuencia, son patrones característicos de alimentación, apareamiento, relaciones y expresión de agresividad. En cada especie estos modelos de comportamiento se desarrollan y depuran bajo la influencia de las fuerzas de la selección natural en el proceso de la evolución. Los comportamientos instintivos son muy importantes ya que facilitan la adaptación del animal a su medio ecológico particular [...]

El papel que desempeña el instinto en la conducta humana aún no está claro. Algunos investigadores consideran que determinados comportamientos humanos como la agresión y la territorialidad pueden tener componentes instintivos. Otros piensan que los datos de que disponemos no avalan dicha conclusión y que la conducta humana es diferente de la de otros animales. Existe el peligro de hacer extensivas a la conducta humana las investigaciones llevadas a cabo en animales, sin embargo, es probable que muchas de las mismas fuerzas que dictan la conducta de otros animales influyan sobre la del hombre. El término instinto puede aplicarse también a varias interpretaciones desarrolladas por Sigmund Freud y otros teóricos del psicoanálisis. Freud teorizó que existen instintos de vida y de muerte, y que el comportamiento sexual es, en esencia, instintivo. Esta aplicación específica del término instinto no está relacionada con la forma en la que lo utilizan los científicos del comportamiento.” (2001: CD) Esta última frase es muy interesante, ya que produce la confusión, pues se considera que de lo que habla es de los instintos pero habla de los instintos en otra forma de la que hablan los científicos del comportamiento y mantiene la idea de una cierta especificidad en el término no existente en la enciclopedia de Trieb.

En el 'Diccionario de la Real Academia Española' (1984) hay tres acepciones de Instinto: “1) Estimulo interior que determina a los animales a una acción dirigida a su conservación o reproducción 2) Impulso o movimiento del Espíritu Santo, referido a inspiraciones sobrenaturales. 3) Instigación o sugestión, por ejemplo por un impulso o propensión natural e indeliberada.” (1984: 778)

En la segunda acepción aparece la palabra movimiento, pero no queda muy claro que significa esto. Aparece también el impulso como una acepción de instinto. Con lo cual, en la definición de instinto tenemos el problema de lo que impulsa, lo que para nosotros sería una pulsión. Puede ser, que el meollo de la cuestión se encuentre en la confusión del instinto con el impulso.

En la Enciclopedia Salvat (1986), sobre instinto dice: “Estímulo interior que determina a los animales a una acción dirigida a la conservación o a la reproducción. En virtud de esta tendencia o inclinación natural los animales sin previa reflexión buscan su bienestar, huyen de los que los daña, velan por sus hijos, etc. Es innato, anterior a toda educación, uniforme, poco variado, y limitado a un orden especial de hechos. Todo lo cual le distingue de la inteligencia cuyos actos son fruto de la experiencia, la reflexión y varían considerablemente según individuos y circunstancias. Ciertos hábitos engendrados por la repetición de actos, más o menos voluntarios, se transmiten por herencia y se convierten en instintos en las generaciones subsecuentes.” (1986: 2079)

Hasta el momento encontramos cierta confusión en la utilización del término instinto con el de pulsión. Un germano parlante, y Freud lo era no los confundiría, por lo tanto tomaremos las citas en las que Freud utiliza la palabra Instinkt a lo largo de su obra, que son cinco. A los efectos utilizaremos la traducción de Etcheverry, ya que en ella, la palabra trieb es traducida por pulsión, y cada vez se que encontró la palabra instinkt se tradujo por instinto; pero dejó instinkt entre paréntesis y en itálica.

El término Instinkt en Freud

Tomando las veces del uso que Freud hace de Instinkt, tal vez nos podamos encontrar en Freud con la diferencia de instinto y pulsión.

La primera aparición de Instinkt la vemos en 'Fragmentos de la correspondencia con Fliess' (1950)², en la Carta 71 escrita en 1897: “Fugazmente se me ha pasado por la cabeza que lo mismo podría estar también

2. La correspondencia a Fliess fue escrita entre 1892 y 1899; pero fueron publicadas en 1950.

en el fundamento de Hamlet. No me refiero al propósito conciente de Shakespeare; más bien creo que un episodio real estimuló en él la figuración, así: lo inconciente dentro de él comprendió lo inconsciente del héroe. ¿De qué manera justifica el histérico Hamlet su sentencia: «Así es como la conciencia {moral} hace de todos nosotros unos cobardes», de qué manera explica su vacilación en vengar al padre matando a su tío ese mismo Hamlet que sin reparo alguno envía a sus cortesanos a la muerte y asesina sin ningún escrúpulo a Laertes?. No podría explicarlo mejor que por la tortura que le depara el oscuro recuerdo de haber meditado la misma fechoría contra el padre por pasión hacia la madre, y «trátese a cada hombre según se merece, y ¿quién se libraría de ser azotado?». Su conciencia es su conciencia de culpa inconsciente. Y su enajenación sexual en su diálogo con Ofelia, ¿no es la típicamente histérica? ¿Y su desestimación del instinto {Instinkt} de engendrar hijos? Por último, ¿no lo es acaso su trasferencia del crimen de su padre sobre Ofelia? ¿Y al fin no consigue, de una manera tan peregrina como la de mis pacientes histéricos, procurarse su punición experimentando idéntico destino que el padre, al ser envenenado por el mismo rival?» (1950: 308) Acá Freud, en este momento, está usando la palabra 'instinto' casi en el borde en el cual representa una actividad análoga a la reproducción en los animales.

La segunda aparición de la palabra Instinkt se encuentra en 'Estudios sobre la histeria' (1893-95). Esta cita pertenece a la Parte teórica escrita por Breuer. Lo que en el párrafo anterior era instinkt, ya es -en esta cita- pulsión sexual: "La pulsión sexual es por cierto la fuente más poderosa de aumentos de excitación persistentes (Y, como tal, de neurosis); este acrecentamiento de excitación se distribuye de manera en extremo despareja por el sistema nervioso. En sus grados máximos de intensidad, el decurso de la representación es perturbado, y cambiado el valor relativo de las representaciones; en el orgasmo del acto sexual, el pensar se borra casi por completo.

También sufre la percepción, el procesamiento psíquico de las sensaciones; el animal de ordinario medroso y precavido se vuelve ciego y sordo ante el peligro. En cambio, se acrecienta (al menos en el macho) la intensidad del instinto {Instinkt} agresivo; el animal pacífico se vuelve peligroso hasta que la excitación se aligera en las operaciones motrices del acto sexual." (1893-95: 211-2)

Si bien estos párrafos no fueron escritos por Freud, los cito de todas maneras porque hay en ellos algo muy interesante. A margen del contenido que da Breuer a la palabra Trieb o a la palabra Instinkt, queda claro que como germano parlante las utiliza para designar diferentes referentes.

Encontramos la palabra Instinkt nuevamente en 'Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos' (1913): "Ahora bien, reconducir las limitaciones sexuales exogámicas a un propósito legislador en nada ayuda para entender el motivo que ha creado esas instituciones. ¿De dónde proviene, en su última resolución, el horror al incesto, que debe discernirse como la raíz de la exogamia? Es evidente que para explicar el horror al incesto no basta con invocar una repugnancia instintiva {instinktiv} hacia el comercio sexual entre parientes consanguíneos, o sea, el hecho mismo del horror al incesto; en efecto, la experiencia social demuestra que el incesto, a despecho de ese instinto {Instinkt}, no es un suceso raro aun en nuestra sociedad de hoy, y la experiencia histórica nos anoticia de casos en que el matrimonio incestuoso entre personas privilegiadas fue elevado a la condición de un precepto." (1913: 124-5)

Vemos la palabra Instinkt a su vez, en dos artículos más. En el capítulo VI de 'Lo inconsciente' (1915), y en 'De guerra y de muerte. Temas de actualidad' (1915). La cita correspondiente al primer artículo será expuesta en la página siguiente cuando refiera a lo que podría pensarse como instintivo en el ser humano. En cuanto al segundo artículo, el párrafo extraído, en el que se nos aparece Instinkt es el siguiente: "El hombre primordial adoptaba una actitud muy extraña hacia la muerte. No era unitaria, sino, más bien, directamente contradictoria. Por una parte, la tomó en serio, la reconoció como supresión de la vida y se valió de ella en este sentido; por otra parte, empero, dio el mentís a la muerte, la redujo a nada. Esta contradicción fue posibilitada por el hecho de que frente a la muerte del otro, del extraño, del enemigo, adoptó una actitud radicalmente diversa que frente a la suya propia. La muerte del otro era para él justa, la entendía como aniquilamiento del que odiaba, y no conoció reparos para provocarla. El hombre primordial era sin duda un ser en extremo apasionado, más cruel y maligno que otros animales. Asesinaba de buena gana y como un hecho natural. No hemos de atribuirle el instinto {Instinkt} que lleva a otros animales a abstenerse de matar y devorar seres de su misma especie." (1915: 293)

Como vemos, Freud utiliza el término instinkt, para responder a los instintos de los animales. Él, no confunde ambos términos y tampoco Breuer. Pero, como sabemos, algunos sí lo han hecho. Tal vez, podamos encontrar una posible solución a este problema rastreando aquellos lugares, en dónde Freud habla de lo que podría llegar a ser en el ser humano, similar al instinto de los animales. Mi intención no es dar una respuesta a esta problemática, ya que escapa de mis posibilidades y conocimientos, sino que quiero dejar planteada esta cuestión.

Lo equivalente al instinto en el ser humano (según Freud)

Entonces, nos surge la siguiente pregunta: ¿Hay algo del orden de lo instintivo en el ser humano? Freud, en algunos momentos de su obra nos muestra cómo utiliza el instinto, es decir, qué es en el ser humano lo que podría considerarse similar al instinto de los animales.

A continuación se mostrarán algunas citas, en dónde Freud refiere a esta temática: En el capítulo VI de 'Lo inconsciente' (1915) dice: "El contenido del sistema Prec (o Cc) proviene, en una parte, de la vida pulsional (por mediación del lcc) y, en la otra, de la percepción [...] El contenido del lcc puede ser comparado con una población psíquica primitiva. **Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto {Instinkt} de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del lcc.** A ello se suma más tarde lo que se desechó por inutilizable en el curso del desarrollo infantil y que no forzosamente ha de ser, por su naturaleza, diverso de lo heredado. Una división tajante y definitiva del contenido de los dos sistemas no se establece, por regla general, hasta la pubertad." (1915: 191-2)³

Aquí Freud nos está diciendo que el núcleo de lo inconsciente está conformado por formaciones heredadas que en el ser humano serían los equivalentes a los instintos en los animales.

Es en el Hombre de los Lobos donde se nos aparece más claramente la dimensión del componente heredado en lo inconsciente, esto, a partir del cuestionamiento sobre el valor de realidad de la escena primordial, es decir, si ésta fue realmente experimentada. En relación a esto nos dice: "¿De dónde vienen la necesidad de crear tales fantasías y el material con que se construyen? No cabe duda de que su fuente está en las pulsiones, pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido. Tengo pronta una respuesta para esto, y sé que les parecerá atrevida. Opino que estas **fantasías primordiales**-así las llamaría, junto a algunas otras- **son un patrimonio filogenético.** En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía -la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)- fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. Una y otra vez hemos dado en sospechar que la psicología de las neurosis ha conservado para nosotros de las antigüedades de la evolución humana más que todas las otras fuentes." (1917:338)

En una agregado que realizó Freud en el historial del Hombre de los lobos, luego de escribir la 'Conferencia 23ª' (1917), nos dice: "En verdad, en los análisis de personas neuróticas no es una rareza la escena de observar el comercio sexual entre los padres a una edad muy temprana -se trate de un recuerdo real o de una fantasía- Acaso se la encuentre con igual frecuencia en quienes no se han vuelto neuróticos. Y acaso pertenezca al patrimonio regular de su tesoro mnémico -conciente o inconsciente- Ahora bien, todas las veces que pude desarrollar mediante análisis una escena de esa índole, ella exhibió la misma peculiaridad que nos desconcertó en nuestro paciente: se refería al coitus a tergo, el único que hace posible al espectador la inspección de los genitales. Entonces ya no cabe dudar más de que se trata sólo de una fantasía, quizás incitada regularmente por la observación del comercio sexual entre animales. Más todavía: he indicado que mi exposición de la «escena primordial» quedó incompleta, pues me reservé para más tarde comunicar el modo en que el niño perturbó el comercio de los padres. Ahora debo agregar que también la índole de esta perturbación es la misma en todos los casos." (1917: 57)

En el capítulo VIII, de 'De la historia de una neurosis infantil' (1918)⁴ también comenta: "Me gustaría mucho saber si la escena primordial fue en mí paciente fantasía o vivencia real, pero remitiéndose a otros casos parecidos es preciso decir que en verdad no es muy importante decidirlo. **Las escenas de observación del comercio sexual entre los padres, de seducción en la infancia y de amenaza de castración son indudablemente un patrimonio heredado, herencia filogenética**, pero también pueden ser adquisición del vivenciar individual [...] Sólo que en la historia primordial de las neurosis vemos que el niño echa mano de esa vivencia filogenética toda vez que su propio vivenciar no basta. Llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica, pone la experiencia de los ancestros en el lugar de la propia [...] Y para concluir, no me asombra que, conservándose idénticas condiciones, ellas hagan resucitar en los individuos por vía orgánica lo que otrora adquirieron en la prehistoria y han heredado como predisposición a readquirirlo." (1918: 89)

En el capítulo IX de 'Recapitulación y problemas' de ese mismo historial, Freud nos aclara aún más esta problemática: "He llegado al término de lo que me propuse comunicar acerca de este caso patológico. Entre los numerosos problemas que sugiere, sólo dos me parecen merecedores de una particular mención en

3. Esta es la cita a la que me refería, en la página 14, como una de las veces en que Freud menciona la palabra Instinkt.

4. Este artículo fue escrito en 1914.

estas páginas. El primero atañe a los esquemas congénitos por vía filogenética, que, como unas «categorías» filosóficas, procuran la colocación de las impresiones vitales. Sustentaría la concepción de que son unos precipitados de la historia de la cultura humana. El complejo de Edipo, que abarca el vínculo del niño con sus progenitores, se cuenta entre ellos; es, más bien, el ejemplo mejor conocido de esta clase. Donde las vivencias no se adecuan al esquema hereditario, se llega a una refundición de ellas en la fantasía, cuya obra sería por cierto muy provechoso estudiar en detalle. Precisamente estos casos son aptos para probarnos la existencia autónoma del esquema. A menudo podemos observar que el esquema triunfa sobre el vivenciar individual; en nuestro caso, por ejemplo, el padre deviene el castrador y pasa a ser el que amenaza la sexualidad infantil pese a la presencia de un complejo de Edipo invertido en todo lo demás. Otro efecto de esto mismo es que la nodriza aparezca en el lugar de la madre o se fusione con ella. Las contradicciones del vivenciar respecto del esquema parecen aportar una rica tela a los conflictos infantiles.

El segundo problema no está muy alejado del anterior, pero su peso es incomparablemente mayor. Si uno considera la conducta del niño de cuatro años frente a la escena primordial reactivada; más aún, si uno piensa en las reacciones mucho más simples del niño de 1 1/2 año, al vivenciar esta escena, apenas podrá apartar de sí la concepción de que en el niño coopera una suerte de saber difícil de determinar, algo como una preparación para entender. En qué pueda consistir esto, he ahí algo que se sustrae de toda representación; sólo disponemos de una marcada analogía con el vasto saber instintivo de los animales.

Si también en el ser humano existiera un patrimonio instintivo de esa índole, no sería asombroso que recayera muy especialmente sobre los procesos de la vida sexual, si bien no podría estar limitado a ella. **Eso instintivo sería el núcleo de lo inconsciente**, una actividad mental primitiva que luego la razón de la humanidad -a esta razón es preciso adquirirla- destrona, superponiéndosele, pero que con harta frecuencia, quizás en todas las personas, conserva la fuerza suficiente para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores. La represión sería el regreso a ese estadio instintivo, y el ser humano pagaría entonces con su capacidad para la neurosis esa su grande y nueva adquisición, y con la posibilidad de las neurosis atestiguaría la existencia de aquel estadio previo, regido por el instinto. Y así el significado de los traumas de la temprana infancia residiría en aportar a eso inconsciente un material que lo protege de ser consumido por el desarrollo subsiguiente.” (1918: 108-9)

La última cita que vamos a tomar en relación a esto, corresponde al Punto E, de la primera parte del capítulo III de ‘Moisés y la religión monoteísta’ (1939)⁵: **“Reducimos el abismo excesivo que el orgullo humano de épocas anteriores abrió entre hombre y animal. Si los llamados «instintos» de los animales, que les permiten comportarse desde el comienzo mismo en la nueva situación vital como si ella fuera antigua, familiar de tiempo atrás; sí la vida instintiva de los animales admite en general una explicación, sólo puede ser que llevan congénitas a su nueva existencia propia las experiencias de su especie, vale decir, que guardan en su interior unos recuerdos de lo vivenciado por sus antepasados. Y en el animal humano las cosas no serían en el fondo diversas. Su propia herencia arcaica correspondería a los instintos de los animales, aunque su alcance y contenido fueran diversos.”** (1939: 96-7)

Como venimos viendo, Freud encuentra cierta analogía entre aquello que se llama instinto en el animal y algo del orden de lo heredado en el ser humano. Esto heredado, a lo que llama fantasías primordiales (recordemos nuevamente que remiten a la castración, seducción, escena primaria y retorno al seno materno) guarda con la idea de instinto animal el ser un saber adquirido por vía filogenética y la repetición de algo vivenciado por los antepasados; pero encuentra la diferencia en el modo en el que estas fantasías se articulan y desarrollan en variaciones singulares correspondientes a cada vida singular a pesar de mantener un esquema general. Esta singularidad es lo que hace que le sea impertinente el concepto de instinto y se dirija hacia el concepto de pulsión, al que nos referiremos a continuación.

- La pulsión

Laplanche y Pontalis (1993) definen a la pulsión como: “Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin.” (1993: 324) Pero esta definición, podría caber también para el instinto.

Chemama (1996) la define en los siguientes términos: “Concepto fundamental del psicoanálisis, destinado a dar cuenta, a través de la hipótesis de un montaje específico, de las formas de relación con el objeto y de la búsqueda de la satisfacción.” (1996: 361) Esta definición es más específica de la pulsión que la

5. Este artículo fue escrito entre 1934 y 1938, y publicado en 1939.

anterior en tanto habla de un montaje específico para dar cuenta de las formas de relación con el objeto y de la búsqueda de la satisfacción; y apunta a la diferencia con el instinto.

Pero para mostrar la distinción que existe entre pulsión e instinto, sería interesante mostrar como define el mismo Freud el concepto de pulsión. Para ello, vemos por ejemplo en 'Tres Ensayos de Teoría Sexual' (1905): "Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir [...] Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal." (1905: 153)

"Aprehendemos la pulsión como el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico, vemos en ella el representante psíquico de poderes orgánicos." (Freud, 1911: 68)

En 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915) encontramos la siguiente definición: "la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal." (1915: 117)

Si bien se están tomando definiciones de momentos muy avanzados de la teoría freudiana, la intención aquí, es tratar de discriminarla del instinto, y para ello debo valerme de las mismas. Mas tarde, en el desarrollo de este trabajo, se verá como Freud fue llegando a tales construcciones.

Es en el último Freud donde se vuelve evidente el grave malentendido que supondría traducir Trieb por instinto, no libre de consecuencias. En la parte I del artículo 'Esquema del psicoanálisis' (1940)⁶, Freud dice: "Llamamos pulsiones a las fuerzas que suponemos tras las tensiones de necesidad del ello. Representan los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica. Aunque causa última de toda actividad [...] Tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: Eros y pulsión de destrucción [...] las dos pulsiones básicas producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí. Así, el acto de comer es una destrucción del objeto con la meta última de la incorporación; el acto sexual, una agresión con el propósito de la unión más íntima. Esta acción conjugada y contraria de las dos pulsiones básicas produce toda la variedad de las manifestaciones de la vida." (1940: 146-7)

Citaremos a continuación unos extractos de 'Tres Ensayos de Teoría sexual' (1905) y del 'Esquema del Psicoanálisis' (1940) de Freud, los cuales sirven como dato de que para él, instinto y pulsión son conceptos diferentes. Además, ambas citas, nos permiten ver cómo Freud a los comienzos y finales de su teoría nos dice lo mismo:

"El hecho de la **acometida en dos tiempos** del desarrollo sexual en el ser humano, vale decir, su interrupción por el período de latencia, nos pareció digno de particular atención. En ese hecho parece estar contenida una de las condiciones de la aptitud del hombre para el desarrollo de una cultura superior, pero también de su proclividad a la neurosis. En el linaje animal del hombre no podemos rastrear nada análogo. La génesis de esta **propiedad humana** habría que buscarla en la historia primordial de la especie." (1905: 214)

En el siguiente párrafo del 'Esquema de Psicoanálisis' (1940) vemos además que Freud de un trazo une pulsión, erotismo, y sexualidad infantil.

"Se ha demostrado que, a temprana edad, el niño da señales de una **actividad corporal** a la que sólo un antiguo prejuicio pudo rehusar el nombre de sexual, y a la que **se conectan fenómenos psíquicos** que hallamos más tarde en la vida amorosa adulta; por ejemplo, la fijación a determinados objetos, los celos, etc. Pero se comprueba, además, que estos fenómenos que emergen en la primera infancia responden a un desarrollo acorde a ley, tienen un acrecentamiento regular, alcanzando un punto culminante hacia el final del quinto año de vida, a lo que sigue un **período de reposo**. En el curso de este se detiene el progreso, mucho es desaprendido e involuciona. Trascurrido este período, llamado «de latencia», la vida sexual prosigue con la pubertad; podríamos decir: vuelve a aflorar. Aquí tropezamos con el hecho de una **acometida en dos tiempos de la vida sexual, desconocida fuera del ser humano** y que, evidentemente, es muy importante para la hominización. No es indiferente que los eventos de esta época temprana de la sexualidad sean víctima, salvo unos restos, de la amnesia infantil [...] El primer **órgano** que aparece como **zona erógena** y **propone al alma una exigencia libidinosa es**, a partir del nacimiento, la boca. Al comienzo, toda actividad anímica se acomoda de manera de **procurar satisfacción** a la necesidad de esta zona. Desde luego, ella sirve en primer término a la autoconservación por vía del alimento, pero no es lícito confundir fisiología con psicología. Muy temprano, en el **chupeteo** en que el niño persevera obstinadamente se **evidencia una necesidad de satisfacción** que -si bien tiene por punto de partida la recepción de alimento y es incitada por esta- aspira a una **ganancia de placer independiente de la nutrición**, y que por eso puede y debe ser llamada sexual." (Freud, 1940: 151-2).

6. Si bien el año de publicación del 'Esquema del psicoanálisis' fue 1940, sabemos que Freud escribió el artículo en 1938.

De lo citado hasta ahora, encontramos como característico de lo pulsional el ser un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, que impone una cantidad de trabajo a lo anímico y que a partir de la acometida en dos tiempos de la vida sexual comporta una modalidad particular de satisfacción que se agrega a la mera satisfacción de una necesidad. Ese modo de satisfacción implica, como el mismo Freud lo dice, una ganancia de placer independiente -en el caso de la oralidad- de la nutrición. Aparentemente, por lo antes visto, la imposición de trabajo anímico para el animal no tiene la diversidad que tiene para el hombre y tampoco parece proveerle la modalidad de goce que dicho trabajo le impone al ser humano. Parece coherente, entonces, reservar el término instinto a esa modalidad de repetición estereotipada propia del comportamiento animal, e incorporar al concepto de pulsión esas formas particulares de trabajo y goce que lo diferencian del resto de los animales, y que implican una concepción particular y propia del psicoanálisis acerca de la sexualidad.

“Con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales puede enunciarse lo siguiente: Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se desasen; también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, a las cuales proveen de componentes libidinosos que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad. Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos {cambios de vía}. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones- meta originarias (sublimación).” (1915: 121)

“La pulsión sexual del niño prueba ser en extremo compuesta, admite una descomposición en muchos elementos que provienen de diversas fuentes. Sobre todo, es aún independiente de la función de la reproducción, a cuyo servicio se pondrá más tarde. Obedece a la ganancia de diversas clases de sensación placentera, que, de acuerdo con ciertas analogías y nexos, reunimos bajo el título de placer sexual. La principal fuente del placer sexual infantil es la apropiada excitación de ciertos lugares del cuerpo particularmente estimulables [...] Y denominamos «zonas erógenas» a todos los lugares significativos para la ganancia de placer sexual. El chupetear o mamar con fruición de los pequeñitos es un buen ejemplo de una satisfacción autoerótica de esa índole, proveniente de una zona erógena [...] Junto a estos y otros quehaceres autoeróticos, desde muy temprano se exteriorizan en el niño aquellos componentes pulsionales del placer sexual, o, como preferiríamos decir, de la libido, que tienen por premisa una persona ajena en calidad de objeto.” (1910: 39-40)

Por lo leído en ‘Tres Ensayos de Teoría Sexual’ (1905), podemos ver que el concepto de pulsión, se establece en la descripción de la sexualidad humana. El estudio exhaustivo de las perversiones y de la sexualidad infantil, le permiten mostrar a Freud, que el objeto de la pulsión sexual es variable y contingente, elegido en función de las vicisitudes de la historia del sujeto. Los fines son múltiples, parciales, ligados a fuentes somáticas (zonas erógenas) que también son múltiples. A diferencia de esto, el instinto es heredado filogenéticamente, es idéntico para todos los individuos de una misma especie en cuanto a sus fines, objetos, etc. Lo que caracteriza a la pulsión en cambio, es su variabilidad en el modo de satisfacción, en la fuente de la misma, en el objeto. Por el contrario de la univocidad de fines y objetos de la preformación instintiva, la sexualidad humana es sumamente variable. Creo que este es el fuerte para establecer la discriminación entre pulsión e instinto. Esta variabilidad del objeto, la variación en su meta y en su fin de la pulsión hace a la diferencia entre instinto y pulsión. La respuesta en el animal tiende al estereotipo, y por ello, es difícil concebir en ellos la sublimación. Esta es un destino pulsional, y por ende, exclusivo de los seres humanos.⁷

Freud se desprende de la biología, pero no del cuerpo, cuerpo erógeno, en el que se ha creado a partir de la necesidad algo que él llama pulsión sexual. Esta surge por apuntalamiento. No es lo mismo que un instinto, éste supone un saber escrito en la especie, habría un saber biológico. La reproducción desde lo biológico, y la sexualidad humana son cosas diferentes. No todos los seres humanos eligen su pareja para lograr la reproducción sexuada, pues vemos, que hay todo tipo de perversiones sexuales. Esto nos muestra que la sexualidad no está inscrita como saber instintivo, sino como explicaríamos, por ejemplo, las elecciones homosexuales o fetichistas. Hay sexualidad, pero no necesariamente es el encuentro para la reproducción, como debería ser para el punto de vista de la biología: “Supimos qué eran las ‘pulsiones sexuales’

7. Más adelante se verá la sublimación, como destino pulsional.

por su relación con los sexos y con la función de reproducción. Y después conservamos ese nombre cuando los resultados del psicoanálisis nos obligaron a aflojar el nexo de esas pulsiones con la reproducción.” (1920: 59)

Hasta aquí, podemos decir que pulsión e instinto son conceptos discriminables. Al primero le adjudicamos la característica de ser un agente representante psíquico de poderes orgánicos, una medida de exigencia impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal, de no estar en su origen al servicio exclusivamente de la autoconservación sino de la satisfacción, vale decir de una necesidad, sino que incluye una ganancia de placer. Pudimos ver también la variabilidad y contingencia de su objeto, de su meta, de su fin, como así la variabilidad en el modo de satisfacción y un destino que parece ser específicamente humano ¿Cuál es?: La sublimación, con la consecuente capacidad de simbolización. Por el contrario, vimos en el instinto una posible inscripción psíquica pero de carácter invariable, estereotipada; vimos que el instinto no le impone un trabajo a lo psíquico similar al que exige la pulsión; en los animales vemos también que el instinto responde exclusivamente a la conservación de la vida, y que el objeto se caracteriza por su fijeza. Pudimos ver también, que algunos autores han traducido *Trieb* por instinto, a pesar de sus diferencias, y que este equivoco en principio puede estar relacionado con la definición misma de instinto, aunque –como dije en algún momento- no creo poder fundamentar el porqué de esta traducción. Asimismo, vimos que Freud hace uso de la palabra *Instinkt*, pero siempre refiriéndose a los instintos de los animales; y que de haber algo similar al instinto en los seres humanos, esto serían las fantasías primordiales.

En esta primera parte, mi intención fue la de intentar hacer una discriminación entre el concepto de pulsión y el de instinto. Para ello, utilicé construcciones de Freud de tiempos muy avanzados en relación a su teoría de las pulsiones. En el momento de dichas intelecciones, Freud ya había realizado un gran recorrido en relación a ellas. En la siguiente parte de este trabajo, me propongo tratar de estudiar dicho recorrido.

Recorrido del concepto de pulsión

- Antecedentes

Como señalamos al comienzo, el primer escrito en el que Freud trata con cierto detenimiento el concepto de pulsión y lo hace determinante es ‘Tres Ensayos de Teoría Sexual’ (1905). Sin embargo, como dice Strachey en la nota introductoria de ‘Pulsiones y destinos de pulsión’ (1914), las pulsiones estaban presentes con otros nombres tales como: las “excitaciones”, las “representaciones afectivas”, las “mociones de deseo”, los “estímulos endógenos”, etc.; desde mucho antes.

Vamos, entonces, en búsqueda de estos antecedentes, estas elucubraciones que prefiguran lo que luego formará el concepto de pulsión, construido por Freud.

Tiene su origen como noción energética ya desde la década de 1890. Esto queda explícito en las cartas escritas a Fliess y en el Proyecto de psicología (1950)⁸.

En el ‘Manuscrito E’ (1950), dice: “la **tensión endógena**, cuya fuente se sitúa en el cuerpo propio (hambre, sed, pulsión sexual). Aquí sólo valen reacciones específicas; las que impiden que se siga produciendo excitación en los órganos terminales correspondientes, no importa que esas reacciones sean asequibles con un gasto grande o un gasto pequeño [de energía]. Uno puede representarse aquí que la tensión endógena **crece de manera continua o de manera discontinua**; en cualquier caso, sólo se la nota cuando ha alcanzado cierto umbral. Sólo a partir de ese umbral es valorizada psíquicamente, entra en relación con ciertos grupos de representaciones que luego ponen en escena el remedio específico. Entonces, a partir de cierto valor, una tensión sexual despierta libido psíquica, que luego lleva al coito, etc. Si la reacción específica no puede producirse, crece desmedidamente la tensión psicofísica (el afecto sexual), se vuelve perturbadora, pero no hay todavía fundamento alguno para su mudanza.” (1950: 231-2)⁹

En este artículo habla de una tensión sexual física, que se mudará en angustia de no recibir una elaboración psíquica suficiente. Esta tensión a elaborar, de la cual no puede escapar el sujeto, fuerza interna que insiste, es un primer esbozo de lo que luego será la pulsión sexual, como ese concepto límite entre lo psíquico y lo somático, que amenaza al aparato con un desborde de excitación. En ésta época (1894), Freud distingue dos tipos de energías: tensión sexual psíquica y tensión sexual física.

8. Si bien el ‘Proyecto de Psicología’ y los ‘Fragmentos de la correspondencia con Fliess’ fueron publicados en 1950, sabemos que el primero fue realizado en 1895, y las correspondencias junto con los Manuscritos escritos entre 1892 y 1899.

9. En esa época, Freud hasta introduce el término de libido, y esa cita es posiblemente el registro más antiguo de dicho término en los escritos de Freud. Si bien Freud utiliza este término, se lo conceptualiza como manifestación de la tensión sexual somática, que a su vez es considerada como fenómeno químico. Recién en los Tres ensayos de teoría sexual (1905) se establece explícitamente que la libido es una expresión de la pulsión sexual.

En el 'Manuscrito F' (1950) dice: "Se trata de una debilidad en el gobierno **psíquico** de la excitación sexual **somática**, que existe desde hace ya largo tiempo y que posibilita que se genere angustia a raíz de un acrecentamiento ocasional de la excitación somática." (1950: 236) Esta excitación que requiere gobierno psíquico, que no se agota y que problematiza la relación del sujeto con su cuerpo es otro esbozo de la teoría pulsional.

En 1894, en el capítulo III del artículo 'Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de Neurosis de Angustia' (1895)¹⁰, Freud diferencia una excitación endógena de una excitación exógena: "La psique cae en el afecto de la angustia cuando se siente incapaz para tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) que se avecina desde afuera; cae en la neurosis de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) endógenamente generada. Se comporta entonces como si ella proyectara la excitación hacia afuera. El afecto, y la neurosis a él correspondiente, se sitúan en un estrecho vínculo recíproco; el primero es la reacción ante una excitación exógena, y la segunda, la reacción ante una excitación endógena análoga. El afecto es un estado en extremo pasajero, en tanto que la neurosis es crónica; ello se debe a que la **excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como una fuerza constante**. El sistema nervioso reacciona en la neurosis ante una fuente interna de excitación, como en el afecto correspondiente lo hace ante una análoga fuente externa." (1895: 112)

Esta distinción que traza Freud, entre excitación endógena y excitación exógena, es un antecedente significativo que más adelante tendrá una nueva lectura. Análogamente Freud dice que el estímulo opera como una fuerza de choque momentánea a la manera de una excitación exógena, y la excitación endógena como una fuerza constante. Estas discriminaciones constituyen una base que, veremos, se mantiene casi invariable.

Un año más tarde en el Plan general (Parte I) del 'Proyecto de Psicología' (1950) dice: "Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. Estos provienen de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad. De estos estímulos el organismo no se puede sustraer como de los estímulos exteriores, no puede aplicar su Q para huir del estímulo." (1950: 341) Estas palabras de Freud pueden ser comprendidas como uno más de los antecedentes de lo que se establecerá luego en 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1914), respecto de la posibilidad de eludir estímulos externos, pero no así, las necesidades pulsionales.

En esta época (1894-5) Freud en ningún momento utiliza el término pulsión, sin embargo, habla de estímulos endógenos, estímulos éstos que cumplen con el requisito de ser los orígenes de los movimientos vitales más elementales, como el hambre, la respiración y la sexualidad y que van a ser sustantivos a los efectos de la dinámica psíquica, ya que Freud plantea que algo se debe hacer con ellos.

Hemos podido observar, por las citas detalladas anteriormente, que Freud no construye el concepto de pulsión de la nada, había varios esbozos de ella anteriores a 1905.

Igualmente quiero destacar un factor importante. Vemos que Freud nos habla (en las citas antes expuestas) con una particular terminología: excitaciones, estímulos, energía, tensión, fuerza, cantidad, algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento, descarga, etc. La razón de esto, podría pensarse, situándonos un poco en la época que Freud escribió dichos escritos. En aquel entonces, la física era la ciencia madre. Freud, en su afán de brindarle científicidad al psicoanálisis, tomaba de la física los elementos que le permitieran explicar sus descubrimientos. Esta intención, se evidencia en la propuesta introductoria de la Parte I del 'Proyecto de psicología' (1950): "El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuitivos y exentos de contradicción. El proyecto contiene dos ideas rectoras: 1) concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q sometida a la ley general del movimiento, y 2) suponer como partículas materiales las neuronas." (1950: 339)

Esto nos está dando indicios de la concepción epistemológica de Freud. Es interesante observar, en toda su obra, como se va trasladando desde los estratos empíricos, de la observación misma, hacia la construcción teórica, mediante generalizaciones y abstracciones cada vez mayores. Esta modalidad marca todo su trabajo.

Habiendo situado algunos de sus antecedentes, podríamos continuar con la definición misma de la pulsión y las modificaciones que fue sufriendo a lo largo de los años.

10. Este artículo fue escrito en 1894, pero publicado en 1895.

- El concepto de pulsión

1905- 1915. El principio del placer

El desglose temporal que haré, intenta representar dos períodos que se pueden discriminar y que representan un viraje significativo en la obra.

Llegamos ahora al momento, ya anunciado, en el que Freud usa por primera vez el término pulsión: en 'Tres Ensayos de Teoría Sexual' (1905). En este trabajo, Freud toma las perversiones y la sexualidad infantil como dato de la empiria para justificar la existencia de un concepto que le permita comprenderlas al tiempo que las neurosis y otros fenómenos de la vida humana. Freud imagina el concepto de pulsión con estas palabras: "El hecho de la existencia de necesidades sexuales en el hombre y el animal es expresado en biología mediante el supuesto de una <<pulsión sexual>>. En eso se procede por analogía con la pulsión de nutrición: el hambre. El lenguaje popular carece de una designación equivalente a la palabra <<hambre>>; la ciencia usa para ello <<libido>>." (1905: 123)

El estudio de las perversiones y la sexualidad infantil, van a brindarle a Freud, los medios para establecer las características y los modos operativos de las pulsiones.

En los 'Tres Ensayos de Teoría Sexual' (1905), Freud precisa la naturaleza de la pulsión sexual: la libido. Piensa que se reparte por y entre las vertientes somática y psíquica, y que es la posición fronteriza lo que mejor la define. "Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir [...] Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal." (1905: 153) Por lo visto en las perversiones de objeto, Freud nos muestra que cualquier punto del cuerpo puede estar tanto en el origen de una pulsión como en su término. Es decir, que cualquier parte del cuerpo puede devenir en zona erógena, y por eso es zona pulsional. Esto implica, que existe una multiplicidad de pulsiones, puesto que sus orígenes y objetivos son muy numerosos. La pulsión sexual no posee un fin y un objeto específico, no tiende hacia un fin común. Tiene casi una imposibilidad para unificarse, puesto que pueden conformarse con objetivos parciales y muy diferentes unos de otros. Estos múltiples fines, son a su vez, dependientes de fuentes somáticas. El objeto es variable y contingente y sólo es elegido en su forma definitiva en función de las vicisitudes de la historia del sujeto.¹¹

Todo esto nos sirve de introductor, hasta llegar al artículo princeps donde se ocupa específicamente de la pulsión.

En 'Pulsiones y Destinos de pulsión' (1915), Freud está advertido acerca de la oscuridad del concepto de pulsión y se propone llenarlo de contenido en ese mismo artículo. En él define la naturaleza de la pulsión, arriba al concepto de pulsión a partir de su comparación con el estímulo externo; tal como venía haciéndolo, y como vimos, desde hace unos años:

"Nada nos impide subsumir el concepto de pulsión bajo el de estímulo: **la pulsión sería un estímulo para lo psíquico**. Pero enseguida advertimos que no hemos de equiparar pulsión y estímulo psíquico. Es evidente que para lo psíquico existen otros estímulos que los pulsionales: los que se comportan de manera muy parecida a los estímulos fisiológicos. Por ejemplo, si una fuerte luz hiere el ojo, no es ese un estímulo pulsional; sí lo es el sentir sequedad en la mucosa de la garganta o acidez en la mucosa estomacal [...] El estímulo pulsional no **proviene** del mundo exterior, sino **del interior del propio organismo**. Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo. Además: Todo lo esencial respecto del estímulo está dicho si suponemos que opera de un solo golpe; por tanto, se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo [...] La pulsión en cambio, no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre **como una fuerza constante**. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida de nada puede valer contra ella. Será mejor que llamemos «necesidad» al estímulo pulsional; lo que cancela esta necesidad es la «satisfacción»." (1915: 114)

De la diferenciación, establecida anteriormente, Freud concluye: "Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida." (1915: 115)

Después de la anterior aseveración, continúa llenando de contenido al concepto de pulsión: "Los estímulos exteriores plantean una única tarea, la de sustraerse de ellos, y esto acontece mediante movimientos musculares de los que por último uno alcanza la meta y después, por ser el adecuado al fin, se convierte en disposición heredada. Los estímulos pulsionales que se generan en el interior del organismo no pueden tramitarse mediante ese mecanismo [...] las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos

11. Ver citas de las páginas 19, 20 y 21.

motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo.” (1915: 116)¹²

Luego de esta comparación minuciosa, arriba a una definición del concepto de pulsión. Sostiene que es una fuerza constante, de origen somático, que representa una excitación para lo psíquico, una exigencia de trabajo impuesta al aparato psíquico. Pero vamos mejor, a ponerlo en sus palabras: “la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.” (1915: 117)

En la siguiente parte del artículo, discute algunos términos que se usan en conexión con el concepto de pulsión, y son: esfuerzo, meta, objeto y fuente de pulsión. Él los define en las siguientes palabras:

“La meta de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Pero si bien es cierto que esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos, de suerte que para una pulsión se presenten múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas por otras.” (1915: 118) Como vemos, la meta es la satisfacción de la pulsión, ósea, la posibilidad de que el organismo alcance una descarga pulsional, es decir, reduzca la tensión a su punto más bajo y obtenga así, la extinción (temporaria) de la tensión.

En cuanto al objeto de la pulsión nos dice: “El objeto de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio.” (1915: 118) El objeto es todo aquello que permita alcanzar la satisfacción pulsional.

“Por fuente de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión [...] para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas.” (1915: 118-9) Podemos decir, que se trata de las zonas erógenas, zonas del cuerpo generalmente vinculadas con sus bordes, que funcionan como fuente de excitación sexual. Las principales son la oral, anal, genital, pero Freud extiende la posibilidad de erogeneidad a cualquier parte del cuerpo. Las zonas erógenas son fuentes de las diferentes pulsiones parciales.

“Por esfuerzo de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad.” (1915: 117-8) El esfuerzo es la expresión de la energía pulsional misma.

Quiero destacar particularmente la importancia del esfuerzo (Drang) de la pulsión. “La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, «acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante».” (1920: 42) Creo posible encontrar en esta cita un antecedente de lo que más adelante justificará los desarrollos en lo atinente a la ‘compulsión a la repetición’.

“[...] la pulsión sexual [...] es la única fuente energética constante de las neurosis, y la más importante [...] los síntomas son un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual.” (1905: 148-9)

Como vemos, la pulsión es la forma de responder a la pregunta: ¿De dónde proviene la fuerza o energía de los síntomas neuróticos? La pulsión explica de dónde proviene el empuje, este drang. A la pulsión, la representamos como cierto monto de energía que esfuerza en determinada dirección. De este esforzar, recibe su nombre: pulsión.

Freud nos dice en ‘Pulsiones y destinos de pulsión’ (1915) que las pulsiones son parciales. Tomaremos una cita en la cual menciona expresamente esto: “La división entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología está acorde, pues, con el espíritu de nuestro lenguaje. Si no solemos decir que la pulsión sexual singular ama a su objeto, y en cambio hallamos que el uso más adecuado de la palabra «amar» se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual, esta observación nos enseña que su aplicabilidad a tal relación sólo empieza con la síntesis de todas las **pulsiones parciales** de la sexualidad bajo el primado de los genitales y al servicio de la función de la reproducción.” (1915: 132)

12. Recordemos que para Freud en este momento de su obra, el aparato psíquico está regido por el principio de placer: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución.

En 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915) Freud introduce, a su vez, los destinos que las pulsiones pueden experimentar en el curso de su desarrollo. No me detendré en ellos sino que los mencionaré. Reconoce los siguientes: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona misma, la represión, y la sublimación.

Si bien no desarrollaré todos ellos, quiero destacar la sublimación, por ser ésta una característica, a mi entender, importante en lo que al destino de la pulsión se refiere ya que permite la incorporación del hombre en la cultura. Tomaré algunas citas de Freud que dan cuenta de esta importancia que estamos planteando.

“¿Con qué medios se ejecutan estas construcciones tan importantes para la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo? Probablemente a expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este periodo de latencia, pero cuya energía -en su totalidad o en su mayor parte- es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. Los historiadores de la cultura parecen contestes en suponer que mediante esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de sublimación), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales. Agregaríamos, entonces, que un proceso igual tiene lugar en el desarrollo del individuo, y situaríamos su comienzo en el período de latencia sexual de la infancia.” (1905: 161-2)

“La pulsión sexual -mejor dicho: las pulsiones sexuales, pues una indagación analítica enseña que está compuesta por muchas pulsiones parciales- [...] Pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama la facultad para la sublimación [...] La intensidad originaria de la pulsión sexual es probablemente de diversa magnitud en los diferentes individuos; en cuanto al monto apto para la sublimación, sin duda es variable [...] El desarrollo de la pulsión sexual pasa luego del autoerotismo al amor de objeto, y de la autonomía de las zonas erógenas a la subordinación de ellas bajo el primado de los genitales puestos al servicio de la reproducción. En el curso de este desarrollo, una parte de la excitación sexual brindada por el cuerpo propio es inhibida por inutilizable para la función reproductora, y en los casos favorables se la conduce a la sublimación. De tal suerte, las fuerzas valorizables para el trabajo cultural se consiguen en buena medida por la sofocación de los elementos llamados perversos de la excitación sexual.” (1908: 168-9)

Como vemos, la sublimación consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual. Esta constituye aquella vía de escape que permite cumplir con las exigencias del yo sin dar lugar a la represión. En esa desplazabilidad de las pulsiones sexuales de sus metas consiste su valor cultural y según Freud motor de sus más valiosos logros. Aunque como más adelante veremos esta ganancia no es sin consecuencias.

“Otra técnica para la defensa contra el sufrimiento se vale de los desplazamientos libidinales que nuestro aparato anímico consiente, y por los cuales su función gana tanto en flexibilidad. He aquí la tarea a resolver: es preciso trasladar las metas pulsionales de tal suerte que no puedan ser alcanzadas por la denegación del mundo exterior. Para ello, la sublimación de las pulsiones presta su auxilio. Se lo consigue sobre todo cuando uno se las arregla para elevar suficientemente la ganancia de placer que proviene de las fuentes de un trabajo psíquico e intelectual. Pero el destino puede mostrarse adverso. Satisfacciones como la alegría del artista en el acto de crear, de corporizar los productos de su fantasía, o como la que procura al investigador la solución de problemas y el conocimiento de la verdad, poseen una cualidad particular que, por cierto, algún día podremos caracterizar metapsicológicamente. Por ahora sólo podemos decir, figuradamente, que nos aparecen «más finas y superiores», pero su intensidad está amortiguada por comparación a la que produce saciar mociones pulsionales más groseras, primarias; no conmueven nuestra corporeidad.” (1930: 79)

“El desarrollo cultural nos impresiona como un proceso peculiar que abarca a la humanidad toda, y en el que muchas cosas nos parecen familiares. Podemos caracterizarlo por las alteraciones que emprende con las notorias disposiciones pulsionales de los seres humanos, cuya satisfacción es por cierto la tarea económica de nuestra vida. Algunas de esas pulsiones son consumidas del siguiente modo: en su reemplazo emerge algo que en el individuo describiríamos como una propiedad de carácter [...] Otras pulsiones son movidas a desplazar las condiciones de su satisfacción, a dirigirse por otros caminos, lo cual en la mayoría de los casos coincide con la sublimación (de las metas pulsionales) que nos es bien conocida, aunque en otros casos puede separarse de ella. La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural; posibilita que actividades psíquicas superiores -científicas, artísticas, ideológicas- desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural. Si uno cede a la primera impresión, está tentado de decir que la sublimación es, en general, un destino de pulsión forzosamente impuesto por la cultura. Pero

será mejor meditarlo más. Por último y en tercer lugar -y esto parece lo más importante-, no puede soslayarse la medida en que la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, el alto grado en que se basa, precisamente, en la no satisfacción (mediante sofocación, represión, ¿o qué otra cosa?) de poderosas pulsiones. Esta «denegación cultural» gobierna el vasto ámbito de los vínculos sociales entre los hombres; ya sabemos que esta es la causa de la hostilidad contra la que se ven precisadas a luchar todas las culturas. También a nuestro trabajo científico planteará serias demandas: tenemos mucho por esclarecer ahí. No es fácil comprender cómo se vuelve posible sustraer la satisfacción a una pulsión, Y en modo alguno deja de tener sus peligros; si uno no es compensado económicamente, ya puede prepararse para serias perturbaciones.” (1930: 95-6)

1920- 1938. Más allá del principio del placer.

En el periodo de 1919-20, por la aparición de la “compulsión a la repetición”, podríamos pensar que se produce un movimiento en la definición del concepto de pulsión. Vamos a precisar la implicancia de esto, particularmente sobre la definición de pulsión, pero es menester aclarar que esta temática, en relación a la “pulsión de muerte” la tomaremos más adelante en este trabajo.

En el artículo ‘Lo ominoso’ (1919) Freud hace una mención sobre la “compulsión a la repetición”. Allí leemos: “Sólo de pasada puedo indicar aquí el modo en que lo ominoso del retorno de lo igual puede deducirse de la vida anímica infantil [...] En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición.”(1919: 238)

Aquí alude a la compulsión a la repetición como fenómeno manifiesto en la conducta de los niños y en el tratamiento psicoanalítico, sugiere que deriva de la naturaleza más íntima de las pulsiones y declara que es lo suficientemente poderosa como para hacer caso omiso del principio del placer. Este párrafo de ‘Lo ominoso’ (1919) es una parte del núcleo de lo que nos enseña en ‘Más allá del principio del placer’ (1920), en donde, allí si menciona a la “pulsión de muerte explícitamente”.

Vamos a desarrollar del modo más sintético posible cómo Freud llega a plantear la compulsión a la repetición, lo que modifica su concepción de la pulsión en general.

Por lo leído en ‘Más Allá del principio del placer’ (1920), vemos que en una primera parte comienza a cuestionarse el principio del placer: “es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión. Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer.” (1920: 9)

Luego comienza a cuestionarse sobre la vida onírica de las neurosis traumáticas y dice al respecto: “la vida onírica de la neurosis traumática muestra este carácter: reconduce al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror [...] Sin embargo, no he sabido que los enfermos de neurosis traumática frecuenten mucho en su vida de vigilia el recuerdo de su accidente. Quizá se esfuerzan más bien por no pensar en él. Cuando se admite como cosa obvia que el sueño nocturno los traslada de nuevo a la situación patógena, se desconoce la naturaleza del sueño. Más propio de este sería presentar al enfermo imágenes del tiempo en que estaba sano, o de su esperada curación. Suponiendo que los sueños de estos neuróticos traumáticos no nos disuadan de afirmar que la tendencia del sueño es el cumplimiento de un deseo, tal vez nos quede el expediente de sostener que en este estado la función del sueño, como tantas otras cosas, resultó afectada y desviada de sus propósitos; o bien tendríamos que pensar en las enigmáticas tendencias masoquistas del yo.” (1920: 13-4) Freud se pregunta porqué estos sueños reconducen al enfermo a la situación de accidente si la tendencia del sueño es el cumplimiento de un deseo.

A continuación nos introduce otro factor el cual ha observado en su experiencia, este es el juego de los niños, precisamente el Fort Da. En él Freud atestigua la repetición de lo displacentero también. Allí leemos: “La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar [...] Es imposible que la partida de la madre le resultara agradable, o aun indiferente. Entonces, ¿cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él? [...] En la

vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, a pesar de que fue displacentera [...] El acto de arrojar el objeto para que «se vaya» acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: «Y bien, vete pues; no te necesito, yo mismo te echo» [...] Así se nos plantea esta duda: ¿Puede el esfuerzo de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio de placer? Comoquiera que sea, sí en el caso examinado ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa [...] Así nos convencemos de que aun bajo el imperio del principio de placer existen suficientes medios y vías para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero.” (1920: 15-6-7) Entonces, ¿cómo se concilia con el principio del placer que el niño repita en calidad de juego la vivencia penosa para él de la partida de la madre? En la vivencia de la partida el niño era pasivo, en el juego ocupa un lugar activo repitiéndola a pesar que fue displacentera. Esta repetición se conecta con una ganancia de placer directa de otra índole que el principio del placer.

En un apartado siguiente nos muestra que la compulsión a la repetición, se exterioriza también, de manera inteligible, en el curso de los tratamientos psicoanalíticos de los neuróticos, en los fenómenos de transferencia. Para mostrar esto aludiremos a palabras de Freud: “la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces [...] los neuróticos repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad. Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión del desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos, hallan los objetos apropiados para sus celos, sustituyen al hijo tan ansiado del tiempo primordial por el designio o la promesa de un gran regalo, casi siempre tan poco real como aquel. Nada de eso pudo procurar placer entonces; se creería que hoy produciría un displacer menor si emergiera como recuerdo o en sueños, en vez de configurarse como vivencia nueva. Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer. Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello.”(1920: 20-1)

Asimismo, nos dice que algo similar puede encontrarse en la vida de personas no neuróticas y llama a éste fenómeno ‘destino fatal de los seres humano’: “En estas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar; y desde el comienzo el psicoanálisis juzgó que ese destino fatal era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia. La compulsión que así se exterioriza no es diferente de la compulsión de repetición de los neuróticos, a pesar de que tales personas nunca han presentado los signos de un conflicto neurótico tramitado mediante la formación de síntoma. Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: [...] hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; [...] amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final. Este «**eterno retorno de lo igual**» nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. Nos sorprenden mucho más los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino.” (1920: 21-2)

De todas estas observaciones Freud concluye: “En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer. Y ahora nos inclinaremos a referir a ella los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño [...] Lo que resta es bastante para justificar la hipótesis de la compulsión de repetición, y esta nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona.” (1920: 22-3) Freud concluye en la existencia de tendencias situadas más allá del principio del placer, es decir, más originarias que este e independientes del mismo: “no podemos asombrarnos de que en la vida anímica tantos procesos se consumen con independencia del principio del placer.” (1920: 60)

Este “eterno retorno de lo igual” nos permite dar un paso más en la definición de pulsión que veníamos manejando hasta 1915. Por 1920, Freud se plantea cómo se entrama lo pulsional con la compulsión a la repetición, y nos da un nuevo carácter universal de las pulsiones, no reconocido con claridad o al menos destacado expresamente hasta entonces. A consecuencia de esto nos brinda una nueva definición del concepto de pulsión: “Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica [...] Nos

vemos obligados a reconocer en ella [...] la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo” (1920: 36) Todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior, están dirigidas a la regresión, al reestablecimiento de lo anterior. “La meta de toda vida es la muerte” (1920: 38).

“La afirmación del carácter regresivo de las pulsiones descansa también, es cierto, en un material observado, a saber, los hechos de la compulsión a la repetición.” (1920: 57)

En 1923, en cuanto a la naturaleza de las pulsiones continúa sosteniendo lo mismo, pues las caracteriza de la siguiente manera: “serían tendencias, inherentes a la sustancia viva, a reproducir un estado anterior; serían entonces históricamente condicionadas, de naturaleza conservadora, y por así decir la expresión de una inercia o elasticidad de lo orgánico.” (1923: 254)

Freud completa su definición del concepto de pulsión en tiempos finales de su obra. En la Doctrina de las pulsiones, del ‘Esquema del psicoanálisis’ (1940), nos acerca la siguiente definición: “Llamamos pulsiones a las fuerzas que suponemos tras las tensiones de necesidad del ello. Representan los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica. Aunque causa última de toda actividad, son de naturaleza conservadora; de todo estado alcanzado por un ser brota un afán por reproducir ese estado tan pronto se lo abandonó. Se puede, pues, distinguir un número indeterminado de pulsiones, y así se acostumbra hacer. Para nosotros es sustantiva la posibilidad de que todas esas múltiples pulsiones se puedan reconducir a unas pocas pulsiones básicas. Hemos averiguado que las pulsiones pueden alterar su meta (por desplazamiento); también, que pueden sustituirse unas a otras al traspasar la energía de una pulsión sobre otra.” (1940: 146)

Para ordenar lo visto hasta ahora, en relación al concepto de pulsión podemos sintetizar lo expuesto de la siguiente manera: Por 1905 Freud nos dice que la pulsión es la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir, es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. En esa época nos dice que existen múltiples pulsiones, ya que sus orígenes y objetivos son numerosos. No posee un fin y un objeto específico, no tiende hacia un fin común. En 1915 enriquece la definición de pulsión diciendo que además de ser un concepto fronterizo entre lo anímico lo somático, un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan al alma, nos aparece como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. En ese mismo año, nos dice expresamente que las pulsiones son parciales, y a su vez, introduce algunos términos que se usan en conexión con el concepto de pulsión: esfuerzo, meta, objeto y fuente de pulsión. En 1920, a través del estudio de los sueños de terror, el juego de los niños, la repetición en la transferencia y lo que podría llamarse compulsión de destino; Freud llega a la ‘compulsión a la repetición’, la cual es articulada con la pulsión, siendo esta última el instrumento para la comprensión de la primera. Es decir, que la compulsión a la repetición deriva de la naturaleza más íntima de las pulsiones (esto es, su carácter conservador). Siendo así, la pulsión, un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior. Por todo lo expuesto, vemos que en 1938 (año en que escribe el ‘Esquema del psicoanálisis’) nos brinda una definición de pulsión más completa y acabada, pero que para llegar a este estado, tuvo que hacer un largo recorrido.

Paralelamente a la definición del concepto de pulsión, Freud iba trabajando además, a lo largo de toda su obra, con clasificaciones dualistas de las pulsiones. En la época de ‘Pulsiones y destinos de pulsión’ (1915), aún sostenía su primera clasificación de pulsiones: pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, que sirven a la conservación de la especie y del individuo respectivamente. Aunque casi simultáneamente, como vemos por ‘Introducción al Narcisismo’ (1914), ya estaba introduciendo el par: libido del yo y libido de objeto. Para la época en que escribió el ‘Esquema de Psicoanálisis’ (1940), tras larga vacilación y oscilación, ya aceptaba como pulsiones básicas, su última dicotomía: Eros y pulsión de muerte. A continuación trataremos en detalle este tema.

Clasificación dual de las pulsiones: los tres momentos de las pulsiones

Es menester aclarar que Freud no habla específicamente de “tres momentos de las pulsiones”, sino que para que resulte de más fácil lectura el desarrollo de las variaciones en la clasificación de las pulsiones, yo me propuse titular este apartado de esa manera. El primer momento, nombrado así por mí, corresponde a las pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación; el segundo momento refiere a la libido del yo y libido de objeto; y el tercero a su última clasificación de las pulsiones: pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

- Primer momento de las pulsiones

Inicialmente Freud distingue pulsiones yoicas (las que no se dirigían al objeto) de las pulsiones sexuales, dirigidas al objeto y cuya expresión es la libido: “La separación entre las mociones pulsionales sexuales y las otras, y, por consiguiente, la restricción del concepto de libido a las primeras, encuentra un fuerte apoyo en la hipótesis, ya considerada aquí, de un quimismo particular de la función sexual.” (1905: 199)

En 'Tres Ensayos de Teoría Sexual' (1905) no habla sobre las pulsiones de autoconservación, hace una mención indirecta y en relación con la teoría de que la libido se apuntalaba en ellas en las fases más temprana de su desarrollo. Pero como dijimos anteriormente, hace un desarrollo exhaustivo de la pulsión sexual. En relación a esto Freud hace un comentario en 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915): "debido a la trayectoria que ha seguido en su desarrollo, el psicoanálisis ha podido aportar hasta ahora datos más o menos satisfactorios únicamente sobre las pulsiones sexuales; es que sólo este grupo pudo observarse como aislado en las psiconeurosis. Cuando el psicoanálisis se extienda a las otras afecciones neuróticas, sin duda obtendremos también una base para conocer las pulsiones yoicas, aunque en este nuevo campo de estudio parece desmedido esperar condiciones tan favorables a la observación." (1915: 121)

Freud introduce la expresión "pulsiones yoicas" en su trabajo 'La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis' (1910), asimilándolas a las pulsiones de autoconservación y adjudicándoles un papel fundamental en la operación de la represión. En él nos explica como se produce la formación de síntomas, específicamente, la perturbación psicógena de la visión; encuentra que el conflicto que se presenta es entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas. Freud, siguiendo las palabras del poeta Schiller clasifica como «hambre» o como «amor» a todas las pulsiones orgánicas de acción eficaz dentro de nuestra alma, la libido es la exteriorización de fuerza del amor, en idéntico sentido que el hambre lo es de la pulsión de autoconservación: "Nos vimos llevados a advertir la significatividad de las pulsiones para la vida representativa; averiguamos que cada pulsión busca imponerse animando las representaciones adecuadas a su meta. Estas pulsiones no siempre son conciliables entre sí; a menudo entran en un conflicto de intereses; y las oposiciones entre las representaciones no son sino la expresión de las luchas entre las pulsiones singulares. De particularismo valor para nuestro ensayo explicativo es la inequívoca **oposición** entre las **pulsiones que sirven a la sexualidad**, la ganancia de placer sexual, y aquellas otras que tienen por meta la autoconservación del individuo, las **pulsiones yoicas**" (1910: 211)

De esta manera Freud introduce la noción de conflicto en términos pulsionales, y que es lo que define a la enfermedad. Es la noción de conflicto pulsional, vale decir, la satisfacción pulsional contradictoria, la que permite explicar la formación de síntomas.

En 'Sobre la mas generalizada degradación de la vida amorosa' (1912) nos dice sobre las pulsiones yoicas y sexuales: "las pulsiones sexuales hallan sus primeros objetos apuntalándose en las estimaciones de las pulsiones yoicas, del mismo modo como las primeras satisfacciones sexuales se experimentan apuntaladas en las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida." (1912: 174) Esto mismo, ya fue dicho de otra manera dos años antes: "En general, son los mismos órganos y sistemas de órgano los que están al servicio tanto de las pulsiones sexuales como de las yoicas. El placer sexual no se anuda meramente a la función de los genitales; la boca sirve para besar tanto como para la acción de comer y de la comunicación lingüística, y los ojos no sólo perciben las alteraciones del mundo exterior importantes para la conservación de la vida, sino también las propiedades de los objetos por medio de las cuales estos son elevados a la condición de objetos de la elección amorosa: sus «encantos»." (1910: 213)

Hasta aquí, podemos decir, que el psicoanálisis reconoció que todo acontecer anímico debía edificarse sobre el juego de fuerzas de las pulsiones elementales. El primer campo de fenómenos estudiados fueron las llamadas neurosis de transferencia. Sus síntomas se engendraban porque las mociones pulsionales habían sido rechazadas, o bien, reprimidas del yo y, a través de desvíos por lo inconsciente, se habían procurado una expresión. Se pudo dar razón de ello contraponiendo a las pulsiones sexuales unas pulsiones yoicas (o de autoconservación) La naturaleza de las pulsiones yoicas quedó al comienzo indeterminada e inaccesible al análisis como todos los otros caracteres del yo. No era posible indicar si debían suponerse diferencias cualitativas entre ambas variedades de pulsiones, y cuáles serían estas. Entretanto, el estudio cuidadoso de las pulsiones sexuales, las únicas asequibles al análisis, había proporcionado notables intelecciones. Lo que se llamaba pulsión sexual era de naturaleza extremadamente compuesta y podía volver a descomponerse en pulsiones parciales. Como vimos anteriormente (páginas 28-9), cada pulsión parcial se hallaba caracterizada invariablemente por su fuente, ósea, la zona del cuerpo de la que recibía su excitación. Además se distinguían en ella un objeto y una meta.

En la 'Conferencia 22ª' (1917), Freud agrega algunos datos más sobre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas: "es muy digno de notarse que pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación no se comportan de la misma manera hacia el apremio real. Las segundas -y todo lo que de ellas depende- son más fáciles de educar; aprenden temprano a plegarse al apremio y a enderezar su evolución según los señalamientos de la realidad. Es comprensible, pues no pueden procurarse de ninguna otra manera los objetos de que necesitan; y sin estos, el individuo sucumbiría. Las pulsiones sexuales son más difíciles de educar, pues al principio no conocen ningún apremio de objeto. En efecto, se apuntalan parasitariamente, por así decir, en las otras funciones corporales y se satisfacen de manera autoerótica en el cuerpo propio; por eso al comienzo se sustraen del influjo pedagógico del apremio real y se afianzan en este carácter suyo

de porfía, de inaccesibilidad a toda influencia, en lo que llamamos «irrazonabilidad»; y en la mayoría de los hombres, en ciertos aspectos lo hacen por toda la vida. Además, la posibilidad de educar a un joven cesa, por regla general, cuando sus pulsiones sexuales despiertan en la plenitud de su fuerza. Los educadores lo saben y actúan en consecuencia; pero quizá si consideran los resultados del psicoanálisis se verán llevados a trasladar lo principal de la presión pedagógica a la primera infancia, desde la lactancia misma. En su cuarto o quinto año de vida, el pequeño ser humano a menudo está hecho, y no hace sino sacar a luz poco a poco lo que ya se encontraba en él.” (1917: 323-4)

Podemos decir, entonces, que el conflicto es entre las pulsiones sexuales y las pulsiones yoicas, por la diferente connotación que tienen respecto de la relación con los objetos.

La introducción del concepto de Narcisismo, le presenta a Freud una nueva complejidad en esta clasificación dualista de pulsiones (sexuales y yoicas). Si bien, en ‘Pulsiones y destinos de pulsión’ (1915), aun la sostiene, ya comienza a advertirnos de que esta clasificación no sea válida: Casi a modo de resumen y de introducción al próximo apartado tenemos las palabras de Freud que nos acercan esta novedad: “He propuesto distinguir dos grupos de tales pulsiones primordiales: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. Pero no conviene dar a esta clasificación el carácter de una premisa necesaria [...] es una mera construcción auxiliar que sólo ha de mantenerse mientras resulte útil, y cuya sustitución por otra en poco alterará los resultados de nuestro trabajo descriptivo y ordenador. La ocasión que movió a establecerla brotó de la génesis misma del psicoanálisis, que tomó como su primer objeto las psiconeurosis, más precisamente el grupo de las llamadas «neurosis de transferencia» (la histeria y la neurosis obsesiva), y en ellas obtuvo la intelección de que en la raíz de todas esas afecciones se hallaba un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo. Comoquiera que sea, es posible que un estudio más exhaustivo de las otras afecciones neuróticas (sobre todo de las psiconeurosis narcisistas: las esquizofrenias) obligue a enmendar esa fórmula y, por tanto, a agrupar de otro modo las pulsiones primordiales. Pero en la actualidad no conocemos esa fórmula nueva y tampoco hemos descubierto argumento alguno desfavorable a la contraposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales.” (1915: 119-20)

En relación a esto, también en la ‘Conferencia 26ª’ (1917) dice: “la separación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas [...] que sustentaremos por razones heurísticas hasta su posible fracaso.” (1917: 382)

- Segundo momento de las pulsiones

Hacia 1914, Freud introduce el “narcisismo” en la teoría de las pulsiones. Hasta este momento, veníamos manejando el dualismo pulsional: pulsiones de autoconservación o del yo, oponiéndolas a las pulsiones sexuales, y el conflicto entre ambas explicaba la patología. Las pulsiones sexuales se le presentaban a Freud, por fuera del Yo. “Pesquisando por separado las pulsiones sexuales y las yoicas obtuvimos la clave para comprender el grupo de las neurosis de transferencia. Pudimos reconducirlas a esta situación básica: las pulsiones sexuales entran en pugna con las de autoconservación.” (1916-7: 376)

En ésta época, Freud está realizando una cantidad de escritos metapsicológicos. Esta conceptualizando y reconceptualizando el concepto de pulsión. Vamos a tratar, en consecuencia, la ‘Introducción del Narcisismo’ (1914), ya que es un escrito muy importante, e implica una modificación en cuanto al dualismo pulsional que veníamos manejando.

Freud comienza definiendo el narcisismo de la siguiente manera: “El narcisismo [...] no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo.” (1914: 71-2)

Toma como punto de partida el estudio de las psicosis, a fin de justificar una introducción del narcisismo, esto lo hace modificar sus teorizaciones, y considerar la imagen de un narcisismo primario y normal.

En la primera parte del artículo hace una distinción entre la neurosis y la parafrenia en cuanto a la Introversión de la libido: “Los enfermos que he propuesto designar «parafrénicos» muestran dos rasgos fundamentales de carácter: el delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior (personas y cosas) [...] Ahora bien, el extrañamiento del parafrénico respecto del mundo exterior reclama una caracterización más precisa. También el histérico y el neurótico obsesivo han resignado (hasta donde los afecta su enfermedad) el vínculo con la realidad. Pero el análisis muestra que en modo alguno han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas. Aún lo conservan en la fantasía; vale decir: han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos. A este estado de la libido debería aplicarse con exclusividad la expresión [...]: introversión de la libido. Otro es el caso de los parafrénicos. Parecen haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía. Y cuando esto último ocurre, parece ser algo secundario y corresponder a un intento de curación que quiere reconducir la libido al objeto.” (1914: 72)

Vemos que la introversión libidinal de los neuróticos, Freud no la ubica en el Yo, la ubica en la fantasía, en cambio, encuentra otras modalidades de la libido que se han retirado de las personas y cosas del mundo externo, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía.

A partir de allí Freud se pregunta ¿cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia?: “El delirio de grandeza propio de estos estados nos indica aquí el camino. Sin duda, nació a expensas de la libido de objeto. La libido sustraída del mundo exterior **fue conducida al yo**, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. Ahora bien, el delirio de grandeza no es por su parte una creación nueva, sino, como sabemos, la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido. Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias.” (1914: 72-3)

Aquí lo que está acentuando es el retiro libidinal y la vuelta hacia el yo para diferenciarla de la investidura de los objetos. Esto mismo es mostrado con sus observaciones y concepciones respecto de la vida anímica de los niños y los pueblos primitivos. Freud se encuentra, en estos cuadros, con que la libido está invirtiendo al yo, es decir, que es el Yo el que está libidinizado. Esto genera un problema, ya que Freud venía pensando que el Yo se oponía a la sexualidad, a la pulsión sexual, entonces... ¿cómo explicar un yo cargado de libido? Todo esto le hace incorporar en la teoría, el término de Narcisismo. Y lo introduce diferenciando dos modalidades de libido: la libido objetal, que es la libido dirigida hacia afuera y una libido yoica o narcisista que es la libido del yo.

“En estos últimos”- en relación a los pueblos primitivos- “hallamos rasgos que, si se presentasen aislados, podrían imputarse al delirio de grandeza: una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la «omnipotencia de los pensamientos», una fe en la virtud ensalmadora de las palabras y una técnica dirigida al mundo exterior, la «magia», que aparece como una aplicación consecuente de las premisas de la manía de grandeza” – es decir, todo esto que esta ligado a un yo grandioso- .” Suponemos una actitud totalmente análoga frente al mundo exterior en los niños de nuestro tiempo, cuyo desarrollo nos resulta mucho más impenetrable. Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite”.- Freud utiliza esta analogía, pues se imagina la libido con esta modalidad, como algo que por un lado invierte al yo inicialmente, pero que de ese yo tiene que salir, salir de esa investidura libidinal del yo a los objetos, y constituir la libido objetal- “Esta pieza de la colocación libidinal no podía sino ocultarse al principio a nuestra investigación, cuyo punto de partida fueron los síntomas neuróticos. Las emanaciones de esta libido, las investiduras de objeto, que pueden ser emitidas y retiradas de nuevo, fueron las únicas que nos saltaron a la vista. Vemos también a grandes rasgos una oposición entre la **libido yoica y la libido de objeto**. Cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra. El estado del enamoramiento se nos aparece como la fase superior de desarrollo que alcanza la segunda; lo concebimos como una resignación de la personalidad propia en favor de la investidura de objeto y discernimos su opuesto en la fantasía (o percepción de sí mismo) de «fin del mundo» de los paranoicos.”- como vemos, Freud no solo nos ilumina sobre procesos patológicos, sino que sus intelecciones sirven a su vez, para explicar fenómenos comunes de la vida, como en este caso, el enamoramiento.-“ En definitiva concluimos, respecto de la diferenciación de las energías psíquicas, que al comienzo están juntas en el estado del narcisismo y son indiscernibles para nuestro análisis grueso, y sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas.” (1914: 73-4)

El hecho de que el yo, ya no sea desexualizado, desinvertido libidinalmente, afecta a las pulsiones yoicas, ya que ciertas funciones que eran pensadas como propias de la autoconservación (como alimentarse o dormir), por obra del narcisismo o esa libido yoica, son pasibles de ser libidinizadas. Esto le hace a Freud, modificar el dualismo pulsional hasta ahora sostenido. Digo modificación porque no lo abandona hasta 1920, sino que le introduce el narcisismo, y ya no puede decir que el yo es ajeno a la investidura libidinal.

Como vemos, todo esto, lo lleva inmediatamente a tener que diferenciar un narcisismo primario de un secundario, siendo el primero necesario para la constitución misma del Yo. “Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.” (1914: 74)

Aquí se le presenta una cuestión importante, a saber, si hay una libido del yo, ¿vale la pena mantener el dualismo? Vemos que prefiere mantener el dualismo de todos modos y llamar a esta libido ubicada en el yo de otra manera.

El narcisismo no es propio de la psicosis, Freud en la segunda parte de 'Introducción del Narcisismo' (1914), se detiene en el recorrido de determinadas cuestiones clínicas y de la vida humana, y las piensa en relación al narcisismo. No nos vamos a detener en ellas, sino que simplemente serán mencionadas. Estas son: las enfermedades orgánicas; el dormir, como otro momento de retracción narcisista; la Hipocondría y la vida amorosa de los sexos.

Podemos hacer una pequeña síntesis de la modificación que trajo la introducción del narcisismo a la concepción de las pulsiones que tenía Freud hasta ese momento. Se produjo un progreso decisivo cuando se decidió comenzar a analizar la demencia praecox y otras afecciones psicóticas y así se empezó a estudiar al yo mismo, que era conocido hasta ese entonces sólo como instancia represora y contrarrestante. Se discernió el proceso patógeno de la demencia de la siguiente manera: la libido era debilitada de los objetos e introducida en el yo, mientras que los fenómenos patógenos paralizantes procedían del vano afán de la libido por hallar el camino de regreso a los objetos. Era posible, entonces, que una libido de objeto se trasmudase e invirtiese en investidura yoica. Ulteriores ponderaciones mostraron que este proceso debía suponerse en la máxima escala, que era preciso ver en el yo más bien un gran reservorio de libido, desde el cual esta última era enviada a los objetos, y que siempre estaba dispuesto a acoger la libido que refluye desde los objetos. Por tanto, también las pulsiones de autoconservación eran de naturaleza libidinosa; eran pulsiones sexuales que habían tomado como objeto al yo propio en vez de los objetos externos. Por la experiencia clínica se conocían personas que se comportaban llamativamente como si estuvieran enamoradas de sí mismas, y esta perversión había recibido el nombre de narcisismo. Pues bien; la libido de las pulsiones de autoconservación fue llamada libido narcisista, y se reconoció que una elevada medida de tal amor de sí mismo era el estado primario y normal. La fórmula anterior para las neurosis de transferencia requería entonces, no por cierto una enmienda, sino una modificación; en vez de hablar de un conflicto entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, sería mejor decir un conflicto entre libido de objeto y libido yoica o, puesto que la naturaleza de las pulsiones era la misma, entre las investiduras de objeto y el yo.

Hasta el momento, hemos visto, que luego de establecer el conflicto entre las pulsiones sexuales y de autoconservación, introduce el concepto de 'narcisismo' y con ello, Freud plantea la noción de libido yoica, que inviste al yo, por contraste con la libido de objeto, que inviste a los objetos.

Con todo, permanecía oscura la naturaleza exacta de estas pulsiones no libidinales. El punto decisivo en la clasificación de las pulsiones se alcanzó poco tiempo después, en 'Más allá del principio del placer' (1920) donde inaugura la fase final de sus concepciones. En este artículo, después de un largo recorrido establece su último dualismo pulsional: Eros y pulsión de muerte. Trataremos, a continuación, de colegir de la manera más detallada posible, como Freud arriba a ésta, su última clasificación dual de las pulsiones.

- Tercer momento de las pulsiones

Como vimos en páginas anteriores, en 'Más allá del principio del placer' (1920), a Freud le aparece la hipótesis de la "compulsión a la repetición", como más originaria, más elemental, más pulsional que el "principio del placer" que ella destrona. En este artículo nos enseña que hay algo más allá del principio del placer: "los mencionados sueños de los neuróticos traumáticos ya no pueden verse como cumplimiento de deseo; tampoco los sueños que se presentan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia. Más bien obedecen a la compulsión de repetición, que en el análisis se apoya en el deseo [...] de convocar lo olvidado y reprimido. Así, no sería la función originaria del sueño eliminar, mediante el cumplimiento de deseo de las mociones perturbadoras, unos motivos capaces de interrumpir el dormir; sólo podría apropiarse de esa función después que el conjunto de la vida anímica aceptó el imperio del principio de placer. Si existe un «**más allá del principio de placer**», por obligada consecuencia habrá que admitir que hubo un tiempo anterior también a la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo." (1920: 32)

Esto lo vimos detalladamente, cuando nos dedicamos a la definición de pulsión, en apartados anteriores. Pero para recordarlo en forma sintética, podríamos decir, que a Freud, le había llamado la atención que las vivencias olvidadas y reprimidas de la primera infancia se reproduzcan en el curso del trabajo analítico en sueños y reacciones, en particular, las de la transferencia, y ello no obstante que su despertar contraría el interés del principio del placer; y nos ha dado la explicación de que en esos casos una compulsión a la repetición se impone incluso más allá del principio del placer. Observó lo mismo también fuera del análisis en aquellas personas que repiten sin enmienda siempre las mismas reacciones en su perjuicio o que parecen perseguidas por un destino implacable.

Freud nos había habituado a ver en la pulsión el factor que esfuerza en el sentido del cambio y el desarrollo, y en 'Más allá del principio del placer' (1920) nos muestra justamente lo contrario, la naturaleza conservadora del ser vivo. Esto es lo que vimos anteriormente en relación al esfuerzo de la pulsión de reproducción de un estado anterior, es decir, el carácter conservador de la vida pulsional.

A partir de este descubrimiento Freud comienza a cuestionárselo, a repensarlo, y brinda una explicación: "si todas las pulsiones orgánicas son conservadoras, adquiridas históricamente y dirigidas a la regresión, al restablecimiento de lo anterior, tendremos que anotar los éxitos del desarrollo orgánico en la cuenta de influjos externos, perturbadores y desviantes. Desde su comienzo mismo, el ser vivo elemental no habría querido cambiar y, de mantenerse idénticas las condiciones, habría repetido siempre el mismo curso de vida [...] Las pulsiones orgánicas conservadoras han recogido cada una de estas variaciones impuestas a su curso vital, preservándolas en la repetición; por ello esas fuerzas no pueden sino despertar la engañosa impresión de que aspiran al cambio y al progreso, cuando en verdad se empeñaban meramente por alcanzar una vieja meta a través de viejos y nuevos caminos. Hasta se podría indicar cuál es esta meta final de todo bregar orgánico. Contradiría la naturaleza conservadora de las pulsiones el que la meta de la vida fuera un estado nunca alcanzado antes. Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución. Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo." (1920: 37-8)

A partir de esta explicación trata de imaginarse cómo pudo haber sido el origen de la pulsión: "En algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida [...] La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado." (1920: 38)

Con estas conclusiones, su paso siguiente fue el de tratar de elucidar lo que se obtiene respecto de los grandes grupos de pulsiones: "El estatuto de las pulsiones de autoconservación que suponemos en todo ser vivo presenta notable oposición con el presupuesto de que la vida pulsional en su conjunto sirve a la provocación de la muerte. Bajo esta luz, la importancia teórica de las pulsiones de autoconservación, de poder y de ser reconocido, cae por tierra; son pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes [...] el organismo sólo quiere morir a su manera, también estos guardianes de la vida fueron originariamente alabarderos de la muerte." (1920:39) Aquí es donde se le genera la paradoja de que el organismo vivo lucha con la máxima energía contra peligros que podrían llevarlo a la muerte; pero esta conducta es justamente lo característico de un esforzar puramente pulsional.

Freud reflexiona, y sostiene que esto no puede ser así, menciona que en otro punto totalmente diferente se sitúan las pulsiones sexuales que también son conservadoras en el mismo sentido que las otras, pero las sexuales lo son en mayor medida, pues son las que conservan la vida, por lo tanto contrarían las otras, quienes llevarían a la muerte: "las pulsiones sexuales [...] Son conservadoras en el mismo sentido que las otras, en cuanto espejan estados anteriores de la sustancia viva; pero lo son en medida mayor, pues resultan particularmente resistentes a injerencias externas, y lo son además en otro sentido, pues conservan la vida por lapsos más largos. Son las genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte), se insinúa una oposición entre aquellas y estas, oposición cuya importancia fue tempranamente discernida por la doctrina de las neurosis. Hay como un ritmo titubeante en la vida de los organismos; uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia adelante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto." (1920: 40) La vida es pulsional, vivir implica unión y desunión simultánea.

Hasta aquí, vemos que Freud ya se está planteando su nuevo dualismo pulsional, adjudicando a las pulsiones de autoconservación su esfuerzo hacia la muerte y a las pulsiones sexuales el esforzar por la vida. No obstante, duda de esta conclusión.

A comienzos del capítulo VI de 'Más allá del principio del placer' (1920) nos resume sus conclusiones obtenidas hasta aquí: "La conclusión obtenida hasta este momento, que estatuye una tajante oposición entre las «pulsiones yoicas» y las pulsiones sexuales, y según la cual las primeras se esfuerzan en el sentido de la muerte y las segundas en el de la continuación de la vida, resultará sin duda insatisfactoria en muchos aspectos, aun para nosotros mismos. A esto se suma que en verdad sólo para las primeras podríamos reclamar el carácter conservador -o, mejor, regrediente- de la pulsión que correspondería a una compulsión de repetición. En efecto, de acuerdo con nuestros supuestos, las pulsiones yoicas provienen de la animación de la materia inanimada y quieren restablecer la condición de inanimado. En cambio, en cuanto a las pulsiones sexuales, es palmario que reproducen estados primitivos del ser vivo, pero la meta que se empeñan en alcanzar por todos los medios es la fusión de dos células germinales diferenciadas de una manera determinada. Si esta unión no se produce, la célula germinal muere como todos los otros elementos del organismo pluricelular. Sólo bajo esta condición puede la función genésica prolongar la vida y conferirle la apariencia de la inmortalidad." (1920: 43)

“Por nuestra parte, no hemos abordado la sustancia viva sino las fuerzas que actúan en ella, y nos vimos llevados a distinguir dos clases de pulsiones: las que pretenden conducir la vida a la muerte, y, las otras, las pulsiones sexuales, que de continuo aspiran a la renovación de la vida, y la realizan.” (1920: 45)

Seguido de estos desarrollos, Freud empieza a cuestionarse si realmente pudiese haber una pulsión de muerte. A los efectos estudia detalladamente diferentes investigaciones realizadas en organismos vivos por diferentes biólogos, como Weismann, Woodruff, Loeb, Maupas, y Calkins. Se obtiene la hipótesis de que la reproducción, sin variación, degrada la especie. Como vemos, en este momento está buscando con relación a la doctrina de las pulsiones, apuntalamiento en la biología.

El estudio de estas investigaciones de la biología, no permite desechar de plano el reconocimiento de la pulsión de muerte, siendo así, sigue ocupándose de su posibilidad y buscando otros fundamentos para hacerlo. A su vez, estas investigaciones le permiten que la antes mencionada división entre pulsiones de muerte y pulsiones de vida, quede en pie y recupere su valor. Entonces, partiendo de especulaciones acerca del comienzo de la vida, y de paralelos biológicos, extrae la conclusión de que **además de la pulsión de conservar la sustancia viva y reunirla en unidades cada vez mayores, debía haber otra pulsión, opuesta a ella, que pugnara por disolver esas unidades y reconducirlas al estado orgánico inicial.**

Detenido en esta concepción eminentemente dualista de la vida pulsional cree encontrar en la teoría de Ewald Hering - sobre la sustancia viva- que propone dos procesos metabólicos contrapuestos, uno de anabolismo -asimilatorio- y el otro de catabolismo -desasimilatorio- un apoyo más a su modelo pulsional: “¿Osaremos discernir en estas dos orientaciones de los procesos vitales la actividad de nuestras dos mociones pulsionales, la pulsión de vida y la pulsión de muerte? Y hay otra cosa que no podemos disimular: inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer, para quien la muerte es el «genuino resultado» y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir.” (1920: 48-9)

Se propone dar un paso más en sus pensamientos: “Es opinión general que la unión de numerosas células en una «sociedad», vital, el carácter pluricelular de los organismos, constituye un medio para la prolongación de su vida. Una célula ayuda a preservar la vida de las otras, y ese «Estado» celular puede pervivir aunque algunas de sus células mueran. Sabemos ya que la copulación, la fusión temporaria de dos seres unicelulares, provoca sobre ambos un efecto rejuvenecedor y de conservación de la vida. Siendo así, podría ensayarse trasferir a la relación recíproca entre las células la teoría de la libido elaborada por el psicoanálisis. Imaginaríamos entonces que las pulsiones de vida o sexuales, activas en cada célula, son las que toman por objeto a las otras células, neutralizando en parte sus pulsiones de muerte (vale decir, los procesos provocados por estas últimas) y manteniéndolas de ese modo en vida; al mismo tiempo, otras células procuran lo mismo a las primeras, y otras, todavía, se sacrifican a sí mismas en el ejercicio de esta función libidinosa¹³. En cuanto a las células germinales, se comportarían de manera absolutamente «narcisista», según la designación que solemos usar en la doctrina de las neurosis cuando un individuo total retiene su libido en el interior del yo y no desembolsa nada de ella en investiduras de objeto. Las células germinales han menester de su libido -la actividad de sus pulsiones de vida- para sí mismas, en calidad de reserva, con miras a su posterior actividad, de grandiosa dimensión anabólica.” -Y la conclusión de este desarrollo lo conduce nuevamente a la filosofía...- “De tal suerte, la libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesiona todo lo viviente.” (1920: 49)

Pero la oposición entre estas dos pulsiones se vuelve insuficiente. Si bien el concepto de libido se limitaba a la energía de las pulsiones sexuales dirigidas al objeto, se omitió tener en cuenta de dónde provenía esta libido. Se ve entonces, que, el yo es originario y reservorio de la libido, aspecto que se pudo observar en narcisismo.¹⁴

A partir de dar otro paso, a saber, discernir la pulsión sexual como el Eros que todo lo conserva, y derivar la libido narcisista del yo a partir de los aportes libidinales con que las células del soma se adhieren unas a otras, Freud se ve más obligado destacar el carácter libidinoso de las pulsiones de autoconservación. En ese estado de las cosas, se pregunta si acaso no habría otras pulsiones que las libidinosas y concluye con que al menos, no se ven otras. En un principio, este resultado no estaba en sus intenciones. Más bien partió

13. Es interesante destacar cómo Freud ya en 1920 plantea una idea análoga a lo que se está estudiando desde hace aproximadamente diez años, por los biólogos. Me refiero a la ‘apoptosis’ o muerte celular que es de gran interés actualmente. Freud ya advertía algo de esto en ‘Más allá del principio del placer’ (1920).

14. Posteriormente esto se corrige en ‘El yo y el ello’ (1923): “Ahora habría que emprender una importante ampliación en la doctrina del narcisismo. Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor. Por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos”. (1923: 47)

de una tajante separación entre pulsiones yoicas = pulsiones de muerte, y pulsiones sexuales = pulsiones de vida. Estaba ya dispuestos a computar las supuestas pulsiones de autoconservación del yo entre las pulsiones de muerte, de lo cual posteriormente se abstuvo, corrigiéndose.

Nuevamente Freud necesita encontrar elementos que le permitan justificar la propuesta de una pulsión de muerte.

Para ello, Freud vuelve a las pulsiones sexuales conservadoras de la vida. Hasta aquí la investigación de los protistas había permitido suponer que la fusión de dos individuos sin división subsiguiente a su separación, o sea la copulación, produce un efecto fortalecedor y rejuvenecedor sobre ambos, vueltos a desasir. En las sucesivas generaciones no muestran fenómeno alguno degenerativo, y parecen capacitados para resistir más tiempo los deterioros de su propio metabolismo. Esta observación la toma Freud como modelo también del efecto que produce la unión genésica. Pero, se pregunta: "¿de qué manera la fusión de dos células poco diferenciadas provoca semejante renovación de la vida?"- y dice- "El experimento consistente en sustituir la copulación, en el caso de los protozoos, por estímulos químicos y aun mecánicos permite dar una segura respuesta: Sobreviene por el aporte de nuevas magnitudes de estímulo. Ahora bien, esto armoniza con el supuesto de que el proceso vital del individuo lleva por razones internas a la nivelación de tensiones químicas, esto es, a la muerte, mientras que la unión con una sustancia viva que conforme un individuo diferente aumenta estas tensiones, introduce nuevas diferencias vitales, por así decir, que después tienen que ser devuidas. En lo referente a estas diferencias tienen que existir, desde luego, uno o más óptimos. Y puesto que hemos discernido como la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo [...], de lo cual es expresión el principio de placer, ese constituye uno de nuestros más fuertes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte." (1920: 54)

Hasta aquí, vemos que Freud encuentra un claro fundamento en la biología para sostener la hipótesis de la pulsión de muerte, no así, respecto de la pulsión sexual, para lo cual acudirá a la filosofía, en su afán de dar cuenta de ella. Pues vemos claramente cómo la pulsión de muerte aspira al regreso de un estado anterior, pero esto mismo, no es tan fácilmente aplicable a la pulsión de vida. De esta manera Freud emprende su camino, en la búsqueda de una justificación de la 'compulsión a la repetición' para ambas pulsiones; pero no le resulta fácil encontrarla, particularmente con la ayuda de la biología.

A Freud se le hace necesaria información sobre el origen de la reproducción genésica y de las pulsiones sexuales en general, ardua tarea ésta para él, ya que ni los propios investigadores especializados habían podido resolver esto hasta el momento. Por eso, de todas las indicaciones y opiniones encontradas nos comenta, en apretada síntesis, lo que admite enlazarse con su argumentación.

Entonces, si no se quiere abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida. Pero, confiesa Freud, que trabajamos ahí con una ecuación de dos incógnitas. Lo que se halló en la ciencia acerca de la génesis de la sexualidad es tan poco que ni siquiera permite la formulación de una hipótesis. Aunque es cierto que Freud encuentra una hipótesis en un sitio muy diverso, que estaría más cerca de la mitología que de una explicación científica, pero nos advierte que se atreve a mencionarla porque llena justamente una condición cuyo cumplimiento anhela. Esa hipótesis deriva una pulsión de la necesidad de restablecer un estado anterior.

Esta hipótesis, de naturaleza tan fantástica, que utiliza para justificar la 'compulsión a la repetición' de las pulsiones de vida se refiere a la teoría que Platón hace desarrollar en El banquete por Aristófanes, y que no sólo trata del origen de la pulsión sexual, sino de su más importante variación con respecto al objeto: "«Antaño, en efecto, nuestra naturaleza no era idéntica a la que vemos hoy, sino de otra suerte. Sepan, en primer lugar, que la humanidad comprendía tres géneros, y no dos, macho y hembra, como hoy; no, existía además un tercero, que tenía a los otros dos reunidos (...) el andrógino ... ». Ahora bien, en estos seres humanos todo era doble: tenían, pues, cuatro manos y cuatro pies, dos rostros, genitales dobles, etc. Entonces Zeus se determinó a dividir a todos los seres humanos en dos partes «como se corta a los membrillos para hacer conserva. (...) El seccionamiento había desdoblado el ser natural. Entonces cada mitad, suspirando por su otra mitad, se le unía: se abrazaban con las manos, se enlazaban entre sí anhelando fusionarse en un solo ser ..." (1920: 56)

Entonces, el mismo Freud se cuestiona: "¿Aventuraremos, siguiendo la indicación del filósofo poeta la hipótesis de que la sustancia viva fue desgarrada, a raíz de su animación, en pequeñas partículas que desde entonces aspiran a reunirse por medio de las pulsiones sexuales? ¿Y que estas pulsiones, en las que persiste la afinidad química de la materia inanimada, superan poco a poco, a lo largo del reino de los protistas, las dificultades que opone a esta aspiración un medio cargado de estímulos que hacen peligrar la vida, medio que obliga a la formación de un estrato cortical protector? ¿Que estas partículas de sustancia viva dispersadas alcanzan así el estado pluricelular y finalmente transfieren a las células germinales, en concentración suprema, la pulsión a la reunión?" (1920: 57) Con estos cuestionamientos, Freud interrumpe su argumentación, dejando abierta la incógnita.

Seguido de esto, Freud agrega unas palabras de reflexión crítica. Advierte no estar el mismo muy convencido de las hipótesis desarrolladas aquí. Reconoce que éste tercer paso de la doctrina de las pulsiones, no puede reclamar la misma certeza que los dos anteriores, a saber, la ampliación del concepto de sexualidad y la tesis del narcisismo. Esas innovaciones eran trasposiciones directas de la observación a la teoría. La afirmación del carácter regresivo de las pulsiones descansa también, en material observado, a saber, los hechos de la compulsión de repetición. Como quiera que fuese, agrega, que sólo es posible llevar hasta el final esta idea combinando varias veces, en sucesión, lo fáctico con lo meramente excogitado, lo cual nos aleja mucho de la observación. Habiendo razones tan buenas para la desconfianza, dice que no se puede adoptar sino una fría benevolencia hacia los resultados de su propio esfuerzo conceptual.

Entonces, vemos que Freud, tras largas variaciones, se propone aceptar dos pulsiones básicas: pulsión de vida y pulsión de muerte. La primera tiene como meta producir unidades cada vez más grandes y así, conservarlas, o sea, una ligazón. Por lo contrario, la meta de la segunda es disolver nexos, y de esta manera, destruir las cosas del mundo. La meta última de la pulsión de muerte, podemos pensar, es transportar lo vivo al estado inorgánico, y por ello recibe el nombre de pulsión de muerte. Si partimos del supuesto de que lo vivo advino luego de lo inerte y se generó a partir de esto, la pulsión de muerte responde a la fórmula consignada, a saber, que una pulsión aspira al regreso de un estado anterior. Pero ocurre que a la pulsión de vida no se le puede aplicar esta fórmula, ya que esto supondría que la sustancia viva fue primero una unidad, que fue desgarrada y que ahora aspira a su reunificación. Para dar cuenta de esto, Freud utiliza como representación la teoría de la que hace uso Platón para explicar el Banquete.

A raíz de estas nuevas elucidaciones, en su último capítulo de 'Más allá del principio del placer' (1920) nos acerca su opinión respecto de éstas dos pulsiones y el principio del placer: "Si realmente es un carácter tan general de las pulsiones el de querer restablecer un estado anterior, no podemos asombrarnos de que en la vida anímica tantos procesos se consumen con independencia del principio de placer. Acaso este carácter se comunica a toda pulsión parcial: en estas, se trataría de recobrar una determinada estación de la vía de desarrollo. Pero de que el principio de placer aún no haya recibido poder alguno sobre todo eso, no se sigue que todo eso haya de estar en oposición a él; y sigue irresuelta la tarea de determinar la relación de los procesos pulsionales de repetición con el imperio del principio de placer [...] También tiene que llamarlos la atención que las pulsiones de vida tengan muchísimo más que ver con nuestra percepción interna; en efecto, se presentan como revoltosas, sin cesar aportan tensiones cuya tramitación es sentida como placer, mientras que las pulsiones de muerte parecen realizar su trabajo en forma inadvertida. El principio de placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte; es verdad que también monta guardia con relación a los estímulos de afuera, apreciados como peligros por las dos clases de pulsiones, pero muy en particular con relación a los incrementos de estímulo procedentes de adentro, que apuntan a dificultar la tarea de vivir." (1920: 60-1)

Tras el largo recorrido hecho hasta aquí sobre el tercer dualismo pulsional, sería interesante, antes de continuar, brindar una síntesis de lo presentado. En esta etapa de la doctrina de las pulsiones, a Freud se le hace necesario buscar apuntalamiento en la biología. A partir de profundas reflexiones acerca de los procesos que constituyen la vida y conducen a la muerte, admite dos variedades de pulsiones, en correspondencia con los procesos orgánicos contrapuestos de anabolismo y catabolismo. Una de ellas, son las llamadas pulsiones de muerte, que trabajan de manera silenciosa y cuya meta es conducir el ser vivo hasta la muerte. Estas se hacen visibles, vueltas hacia afuera por la acción conjunta de los múltiples organismos celulares elementales, como tendencias de destrucción o de agresión. El otro grupo de pulsiones tienen como propósito configurar a partir de la sustancia viva unidades cada vez mayores, para obtener así la perduración de la vida y conducirla a desarrollos cada vez más altos. Estas son las pulsiones sexuales o de vida, también llamadas 'Eros'.

Últimos desarrollos

A partir de 'Más allá del principio del placer' (1920), hubo escasos cambios en relación a la estructura de la pulsión.

El siguiente paso lo da en el capítulo IV de 'El yo y el ello' (1923) donde vuelve a abordar el tema, a la luz de lo recientemente completado cuadro de la estructura de la psique. Su articulación de la esencia del alma en un ello, un yo y un superyó, además de ser un progreso en su intelección, demuestra ser también un medio para la comprensión más honda y la mejor descripción de los vínculos dinámicos presentes en la vida anímica. "Ya tenemos en claro que el yo se encuentra bajo la particular influencia de la percepción, y que puede decirse, en líneas generales, que las percepciones tienen para el yo la misma significatividad y valor que las pulsiones para el ello. Ahora bien, el yo está sometido a la acción eficaz de las pulsiones lo mismo que el ello, del que no es más que un sector particularmente modificado." (1923: 41)

Freud agrega, refiriéndose a Eros y pulsión de muerte, que: "con cada una de estas dos clases de pulsiones se coordinaría un proceso fisiológico particular (anabolismo y catabolismo); en cada fragmento de sustancia viva estarían activas las dos clases de pulsiones, si bien en una **mezcla** desigual, de suerte que una sustancia podría tomar sobre sí la subrogación principal del Eros." (1923: 42)

Por esta época, Freud nos acerca un avance en relación a la doctrina de las pulsiones, agrega lo concerniente a la mezcla y desmezcla pulsional. Esto significa que las pulsiones producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí, y esto produce toda la variedad de las manifestaciones de la vida.

"El modo en que las pulsiones de estas dos clases se conectan entre sí, se entremezclan, se ligan, sería totalmente irrepresentable aún; empero, que esto acontece de manera regular y en gran escala, he ahí un supuesto indispensable dentro de nuestra trabazón argumental. Como consecuencia de la unión de los organismos elementales unicelulares en seres vivos pluricelulares, se habría conseguido neutralizar la pulsión de muerte de las células singulares y desviar hacia el mundo exterior, por la mediación de un órgano particular, las mociones destructivas. Este órgano sería la musculatura, y la pulsión de muerte se exteriorizaría ahora -probablemente sólo en parte- como pulsión de destrucción dirigida al mundo exterior y a otros seres vivos." (1923: 42)

Además de una mezcla de las dos clases de pulsiones, también habría una posibilidad de desmezcla más o menos completa de ellas. El ejemplo que brinda Freud de una mezcla pulsional al servicio de un fin, podría observarse en los componentes sádicos de la pulsión sexual, y en el sadismo devenido autónomo, como perversión, el modelo de una desmezcla, si bien no llevada al extremo.

Bajo esta luz, y a partir de que la pulsión de destrucción es sincronizada según reglas a los fines de la descarga, al servicio del Eros, Freud nos comenta que los ataques epilépticos serían producto e indicio de una desmezcla de pulsiones, y más aún, se podría considerar que los productos de muchas neurosis graves, entre ellas, la neurosis obsesiva, merecen una apreciación particular la desmezcla de pulsiones y el resalto de la pulsión de muerte. Aportando una generalización, encuentra que la esencia de la regresión libidinal misma se encuentra en una desmezcla de pulsiones, y el progreso de fases anteriores del desarrollo libidinal a fases posteriores tiene por condición un suplemento de componentes eróticos.

En un primer momento Freud sustituía la oposición entre las dos clases de pulsiones por la polaridad entre amor y odio. Había hallado fácilmente representantes del Eros, pero la pulsión de muerte se le presentaba muda. Luego encontró en la pulsión de destrucción, a la que el odio marca el camino, un subrogado de la pulsión de muerte. "Ahora bien, la experiencia clínica nos enseña que el odio no sólo es, con inesperada regularidad, el acompañante del amor (ambivalencia), no sólo es muchas veces su precursor en los vínculos entre los seres humanos, sino también que, en las más diversas circunstancias, el odio se muda en amor y el amor en odio." (1923: 43) Si esta mudanza es un relevo, Freud se encuentra que carece de sustento el distinguo tan radical que habría propuesto entre pulsiones eróticas y pulsiones de muerte, que como sabemos, presuponen procesos fisiológicos que corren en sentidos contrapuestos.

Freud encuentra en la psicología de las neurosis muchos casos que parecen surgir de la hipótesis de una mudanza: "En la paranoia persecutoria, el enfermo se defiende de cierta manera de una ligazón homosexual hiperintensa con determinada persona, y el resultado es que esta persona amadísima pasa a ser el perseguidor contra quien se dirige la agresión, a menudo peligrosa, del enfermo. Tenemos el derecho de afirmar, por interpolación, que en una fase anterior el amor se había traspuesto en odio. Muy recientemente, a raíz de la génesis de la homosexualidad, pero también de los sentimientos sociales desexualizados, la indagación analítica nos dio a conocer la existencia de violentos sentimientos de rivalidad, que llevan a la agresión, tras cuyo doblegamiento, solamente, el objeto antes odiado pasa a ser amado o da origen a una identificación." (1923: 44) Para estos casos, Freud se cuestiona si realmente podrían surgir de la hipótesis de una trasposición directa de odio en amor, pues se trata de cambios puramente internos en los que no hay influencia alguna de un posible cambio de la conducta del objeto. Como si pudiese ser que uno primero ame a una persona y luego la odie, si esta persona ha hecho algo para eso.

Freud encuentra la respuesta al proceso de trasmudación paranoica estableciendo la posibilidad de un mecanismo diverso, como así también para la rivalidad homosexual: "Desde el comienzo ha existido una actitud ambivalente, y la mudanza acontece mediante un desplazamiento reactivo de la investidura, así: se sustrae energía a la moción erótica y se aporta energía a la moción hostil. Algo semejante, aunque no idéntico, acontece a raíz de la superación de la rivalidad hostil que lleva a la homosexualidad, La actitud hostil no tiene perspectivas de satisfacción; por eso -vale decir: por motivos económicos- es relevada por la actitud de amor, que ofrece mejores perspectivas de satisfacción: posibilidad de descarga." (1923: 44)

Por lo establecido, concluye que ninguno de estos dos casos mencionados supondría una mudanza directa de odio en amor, que sería inconciliable con la diversidad cualitativa de las dos clases de pulsiones. Entonces, si hay un mecanismo diverso de la trasmudación de amor en odio, este debería sostenerse bajo algún supuesto. Freud nos brinda la respuesta: "Hemos interpolado un conmutador, como si en la vida anímica hubiera -ya sea en el yo o en el ello- una energía desplazable, en sí indiferente, que pudiera agregarse a una moción erótica o a una destructiva cualitativamente diferenciadas, y elevar su investidura total. Sin el supuesto de una energía desplazable de esa índole no salimos adelante. El único problema es averiguar de dónde viene, a quién pertenece y cuál es su intencionalidad." (1923: 45)

Aquí se produce un gran cambio en la doctrina de las pulsiones. En 'Pulsiones y destinos de pulsión' (1915) Freud nos había puesto al tanto de los destinos pulsionales. En aquella época supone como uno de ellos el de 'transformación en lo contrario', bajo el supuesto de que el amor y el odio eran transformables. Pero a raíz de lo anteriormente desarrollado, esto deja de ser así. En 'El yo y el ello' (1923) nos ofrece un nuevo supuesto, a saber, el de una energía indiferente y desplazable, activa tanto en el yo como en el ello que proviene del acopio libidinal narcisista y es, por ende, Eros desexualizado.

Entonces, nos dice Freud, que si esta energía es libido desexualizada, es correcto llamarla también sublimada ya que seguiría perseverando en el propósito principal del Eros, el de unir y ligar, en la medida en que sirve a la producción de aquella unicidad por la cual -o por la pugna hacia la cual- el yo se distingue. Freud también nos dice que si incluimos los procesos de pensamiento en sentido lato entre esos desplazamientos, entonces el trabajo del pensar -este también- es sufragado por una sublimación de fuerza pulsional erótica.

"Hemos aquí de nuevo frente a la posibilidad ya mencionada de que la sublimación se produzca regularmente por la mediación del yo. Recordamos el otro caso, en que este yo tramita las primeras (y por cierto también las posteriores) investiduras de objeto del ello acogiendo su libido en el yo y ligándola a la alteración del yo producida por identificación. Esta trasposición [de libido erótica] en libido yoica conlleva, desde luego, una resignación de las metas sexuales, una desexualización. Comoquiera que fuese, adquirimos la inteligencia de una importante operación del yo en su nexa con el Eros. Al apoderarse así de la libido de las investiduras de objeto, al arrogarse la condición de único objeto de amor, desexualizando o sublimando la libido del ello, trabaja en contra de los propósitos del Eros, se pone al servicio de las mociones pulsionales enemigas. En cambio, tiene que dar su consentimiento a otra parte de las investiduras de objeto del ello, acompañarlas, por así decir." (1923: 46)

A partir de esto, Freud emprende una ampliación en la doctrina del narcisismo: "Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor. Por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos." (1923: 47)

"Es imposible rechazar la intuición de que el principio de placer sirve al ello como una brújula en la lucha contra la libido, que introduce perturbaciones en el decurso vital. Si la vida está gobernada por el principio de constancia como lo entiende Fechner, Si está entonces destinada a ser un deslizarse hacia la muerte, son las exigencias del Eros, de las pulsiones sexuales, las que, como necesidades pulsionales, detienen la caída del nivel e introducen nuevas tensiones. El ello, guiado por el principio de placer, o sea por la percepción del displacer, se defiende de esas necesidades por diversos caminos. En primer lugar, cediendo con la mayor rapidez posible a los reclamos de la libido no desexualizada, esto es, pugnando por la satisfacción de las aspiraciones directamente sexuales. De manera más vasta, en la medida en que a raíz de una de estas satisfacciones, en que se conjugan todas las exigencias parciales, libra las sustancias sexuales, que son, por así decir, portadores saturados de las tensiones eróticas. La repulsión de los materiales sexuales en el acto sexual se corresponde en cierta medida con la división entre soma y plasma germinal. De ahí la semejanza entre el estado que sobreviene tras la satisfacción sexual plena y el morir, y, en animales inferiores, la coincidencia de la muerte con el acto de procreación. Estos seres mueren al reproducirse, pues, segregado el Eros por la satisfacción, la pulsión de muerte queda con las manos libres para llevar a cabo sus propósitos. Por último, y como ya tenemos dicho, el yo le alivia al ello ese trabajo de apoderamiento sublimando sectores de la libido para sí y para sus fines." (1923: 47-8)

A modo de síntesis, podemos decir que Freud propone una especie de conmutador en el Yo que le permite, procesos de sublimación y desexualización mediante utilizar libido que se puede agregar tanto a Eros como a la pulsión de muerte, sin necesidad de mantener entonces la idea de una transformación de uno en otro.

En el 'Malestar en la cultura' (1930) Freud recorre una vez más este territorio prestando especial consideración por primera vez a las pulsiones agresivas y destructivas. Las explica como retoños de la pulsión de muerte.

Freud le atribuye a la dotación pulsional del ser humano una buena cuota de agresividad. Esa inclinación agresiva de la naturaleza humana los seguiría adonde fuese, no es fácil renunciar a satisfacerla. Estas pasiones que vienen de lo pulsional, son más fuertes que los intereses racionales.

En este artículo comienza diciendo: "el reconocimiento de una pulsión de agresión especial, autónoma, implicaría una modificación de la doctrina psicoanalítica de las pulsiones. Se demostrará que no hay tal, que tan sólo se trata de dar mayor relieve a un giro consumado hace mucho tiempo y perseguirlo en sus consecuencias. El conjunto de la teoría analítica ha progresado lentamente; pero de todas sus piezas, la doctrina de las pulsiones es aquella donde más trabajosos resultaron los tanteos de avance." (1930: 113)

Habíamos visto que las exteriorizaciones de Eros eran llamativas y ruidosas, pero que la pulsión de muerte operaba de manera silenciosa dentro del ser vivo en su objetivo de disolución. Pero surgió la idea de que una parte de ésta pulsión se dirigía al mundo exterior, y se hacía visible como pulsión de agredir o destruir. De esta manera la pulsión se nos mostraba puesta al servicio del Eros, ya que el ser vivo aniquilaba a otro, y no a su sí mismo propio.

Dentro de los círculos analíticos, el supuesto de la pulsión de muerte o de destrucción tropezó con resistencia. El mismo Freud, confiesa haber tenido una actitud defensiva cuando por primera vez emergió en la bibliografía psicoanalítica la idea de la pulsión de destrucción, y tuvo que pasar un largo tiempo hasta que se volviera receptivo para ella.

Las concepciones desarrolladas en 'El malestar en la cultura' (1930) ya las había sustentado Freud, de manera tentativa en 'Más allá del principio del placer' (1920). Pero desde ese entonces hasta 1929 ya habían adquirido tanto poder sobre él, que no podía pensar de otro modo. "Admito que en el sadismo y el masoquismo hemos tenido siempre ante nuestros ojos las exteriorizaciones de la pulsión de destrucción, dirigida hacia afuera y hacia adentro, con fuerte liga de erotismo; pero ya no comprendo que podamos pasar por alto la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas, y dejemos de asignarle la posición que se merece en la interpretación de la vida." (1930: 115-6)

De esta manera, a partir de lo observado con la pulsión de destrucción, Freud concluye: "la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano [...] Esta pulsión de agresión es el retoño y el principal subrogado de la pulsión de muerte que hemos descubierto junto al Eros, y que comparte con este el gobierno del universo [...] la lucha entre Eros y Muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción, tal como se consume en la especie humana [...] es el contenido esencial de la vida en general." (1930: 117-8)

En la 'Conferencia 32ª' (1933) Freud revisa nuevamente esta temática. A partir del descubrimiento de que el yo incluye originariamente dentro de sí todas las mociones pulsionales, se modifica la concepción que se tenía anteriormente, a saber, que el sadismo es más originario que el masoquismo, siendo ahora, este último más antiguo que el primero.

Como vimos anteriormente, Freud propuso el supuesto de una pulsión de agresión y destrucción en el ser humano. Este supuesto descansa sobre la base de consideraciones generales en base a la apreciación de los fenómenos del sadismo y el masoquismo.

No se va a tratar extensivamente la temática del sadismo y el masoquismo, porque escapa del objetivo de este trabajo. Ambos fenómenos serán considerados solamente en relación a las implicancias que tienen para la doctrina de las pulsiones. Diremos simplemente que hablamos de sadismo cuando la satisfacción sexual se anuda a la condición de que el objeto sexual padezca dolores, maltratos y humillaciones y de masoquismo cuando la necesidad consiste en ser unos mismo ese objeto maltratado. Cierta ingrediente de ambas aspiraciones es acogido en la relación sexual normal, y cuando refrenan las otras metas sexuales y las reemplazan por sus propias metas las designamos como perversiones.

"Creemos, pues, que en el sadismo y el masoquismo nos las tenemos con dos destacados ejemplos de la mezcla entre ambas clases de pulsión, del Eros con la agresión, y ahora adoptamos el supuesto de que ese nexo es paradigmático, de que todas las mociones pulsionales que podemos estudiar consisten en tales mezclas o aleaciones de las dos variedades de pulsión, desde luego que en las más diversas proporciones. Entonces, las pulsiones eróticas introducirían en la mezcla la diversidad de sus metas sexuales, en tanto que las otras sólo consentirían aminoramientos y matices de su monocorde tendencia. Mediante ese supuesto nos hemos abierto la perspectiva hacia indagaciones que algún día pueden alcanzar gran significa-

ción para la inteligencia de procesos patológicos. En efecto, las mezclas pueden también descomponerse, y a tales desmezclas de pulsiones es lícito atribuir las más serias consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son todavía demasiado nuevos; nadie ha intentado hasta hoy aplicarlos en su trabajo." (1933: 97) Esta cita nos sirve como ejemplo del fenómeno de mezcla y desmezcla pulsional agregado por Freud en 'El yo y el ello' (1923), el cual fue mencionado en páginas anteriores (página 52).

Freud toma el problema que plantea el masoquismo, ya que este atestigua la existencia de una aspiración que tiene por meta la destrucción de sí. "Si respecto de la pulsión de destrucción también es válido que el yo -pero más bien pensamos aquí en el ello, en la persona total- incluye originariamente dentro de sí todas las mociones pulsionales, obtenemos la concepción de que el masoquismo es más antiguo que el sadismo, y este es la pulsión de destrucción vuelta hacia afuera, que así cobra el carácter de la agresión. Algún tanto de la pulsión de destrucción originaria puede permanecer todavía en el interior; parece que sólo podemos percibirla de manera patente bajo estas dos condiciones: que se haya conectado con pulsiones eróticas para formar el masoquismo o que se vuelva hacia el mundo exterior como agresión -con un mayor o menor suplemento erótico- En este punto se nos impone el valor de la posibilidad de que la agresión no pueda hallar satisfacción en el mundo exterior por chocar con impedimentos reales Si tal sucede, acaso vuelva atrás y multiplique la escala de la autodestrucción que reina en lo interior." (1933: 97)

Esta revelación, implicaría que deberíamos destruir a otras personas o cosas del mundo exterior, para no destruirnos a nosotros mismo, es decir, para salvarnos de la tendencia de autodestrucción, y una agresión impedida por el mundo exterior nos implicaría un gran daño.

¿Cómo podría haber una pulsión que estuviera destinada a la autodestrucción? El supuesto de esta pulsión de destrucción descansa sobre un basamento que ya hemos tratado anteriormente, me refiero a la 'compulsión a la repetición'. Habíamos visto el carácter conservador de las pulsiones, y su afán de reproducir un estado anterior. Entonces, dice Freud: "si alguna vez la vida surgió de la materia inanimada [...] tiene que haber nacido en ese momento, de acuerdo con nuestra premisa, una pulsión que quisiera volver a cancelarla, reproducir el estado inorgánico." (1933: 99) De esta manera, concebimos a la pulsión de destrucción como expresión de una pulsión de muerte que no puede estar ausente de ningún proceso vital, y cuya meta es ese retorno a lo inorgánico, vale decir, la muerte. Junto a ellas, habíamos visto, el otro grupo de pulsiones, las eróticas, que quieren aglomerar cada vez más sustancia viva en unidades mayores. De la acción conjugada y contraria de ambas surgen los fenómenos de la vida, a que la muerte pone término.

Pero todas estas últimas reflexiones sobre la doctrina de las pulsiones, son el producto de situaciones que se le presentaban a Freud en la clínica, y a partir de la observación de estas emprendía la labor de darles una justificación teórica.

El punto de partida de estas construcciones, fue particularmente "la reacción terapéutica negativa", a saber, que cuando se le comunicaba al paciente la solución de un síntoma, tras lo cual se esperaba que sobreviniera al menos su desaparición temporaria, se encontraba con lo contrario, un refuerzo del síntoma y del padecimiento. Esa conducta es la manifestación de un "sentimiento inconsciente de culpa".

Freud obtuvo la impresión, derivada del trabajo analítico, de que el paciente que ofrece resistencia, no sabe nada de ella ni de sus motivos. Habiendo investigado esos motivos, los encuentra en una intensa necesidad de castigo, que clasifica entre los deseos masoquistas. Esta necesidad de castigo es un obstáculo para el empeño terapéutico. El sujeto se aferra a la condición de enfermo, y de esta manera la necesidad de castigo se satisface con el padecimiento que la neurosis conlleva y más aun, ésta interviene en toda contracción de neurosis.

Con respecto al origen de esta necesidad inconsciente de castigo, que para los fines prácticos la llama "sentimiento inconsciente de culpa" Freud dice: "Se comporta como un fragmento de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconsciente; por tanto, ha de tener el mismo origen que esta y corresponder a una porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó." (1933: 101)

A su vez, intenta brindar una explicación teórica: "en verdad dudamos sobre sí debemos suponer que toda la agresión que regresa desde el mundo exterior es ligada por el superyó y vuelta así contra el yo, o bien que una parte de ella ejercita su actividad muda y ominosa como pulsión de destrucción libre en el yo y el ello. Más probable es una distribución como la indicada en último término, pero no sabemos nada más sobre esto. En la institución primera del superyó, es indudable que para dotación de esa instancia se empleó aquel fragmento de agresión hacia los padres que el niño no pudo descargar hacia afuera a consecuencia de su fijación de amor, así como de las dificultades externas; por eso no necesariamente la severidad del superyó se encontrará en una correspondencia simple con el rigor de la educación. Es muy posible que a raíz de ocasiones posteriores para sofocar la agresión, la pulsión tome el mismo camino que se le abrió en aquel punto temporal decisivo." (1933: 101)

De esta manera, las personas que poseen un potente sentimiento inconsciente de culpa, manifiestan en el tratamiento la reacción terapéutica negativa, que mencionamos unos párrafos atrás, y que no puede menos que arrojar un pronóstico desfavorable.

Al final de la 'Conferencia 32ª' (1933), Freud nos comenta sobre el efecto de la sociedad en nuestra vida pulsional. La sociedad nos obliga a inhibir ciertas aspiraciones sexuales, siendo alguna de estas reprimidas y otras utilizadas para nuevas metas; y gracias a ello nuestra cultura se edifica. Esto no nos resulta nada fácil, pues las limitaciones pulsionales que se nos imponen significan para nosotros una gran carga psíquica. Esto corresponde de igual modo, y más aún, para las pulsiones de agresión. Estas dificultan la convivencia humana y amenazan su perduración, es por ello, que la sociedad pide al hombre el duro sacrificio de que limite su agresión ¿De qué manera se logra esto?: "La institución del superyó, que atrae hacia sí las peligrosas mociones agresivas, establece por así decir una guarnición militar en los lugares inclinados a la revuelta." (1933: 102)

Pero, el yo debe sacrificarse por las necesidades de la sociedad, pues debe someterse a las tendencias destructivas de la agresión que hubiera preferido dirigir a otros, dicho en palabras de Freud: "Es como una continuación, en el campo psíquico, de aquel dilema entre comer y ser comido que domina el mundo orgánico"- Pero- "Por suerte, las pulsiones agresivas nunca están solas, sino siempre ligadas con las eróticas. Estas últimas tienen mucho para mitigar y prevenir en las condiciones de la cultura creada por el hombre." (1933: 103)

Conclusión

En este trabajo comenzamos por discriminar la pulsión del instinto. Luego nos ocupamos de su definición, características y dicotomías desarrolladas a lo largo de los años para cumplir con el objetivo de abarcarla en la mayor parte de sus aspectos posibles.

Con este trabajo se intenta aportar un abordaje lo más ordenado posible al concepto de pulsión, particularmente desde la obra de Freud siguiendo sus pasos.

Pero, ¿porqué se eligió el concepto de pulsión para este trabajo? Justamente es un concepto, como dice Freud, caracterizado por su indeterminación, pero de una importancia fundamental para el psicoanálisis.

Si bien es un constructo que forma parte del cuerpo teórico del psicoanálisis desarrollado por Freud, en mi opinión su importancia no recae justamente en su valor como construcción teórica, sino, en la cantidad de cosas de las que permite dar cuenta, es decir, el valor de la pulsión es, a mi parecer, su importancia clínica. A partir de esta importancia clínica, creo que fue necesario acuñar el concepto.

Vimos que la acción conjugada y contraria de las pulsiones de vida y muerte dan cuenta de todos los fenómenos de la vida. Esto nos da la pauta de su inmensa importancia. El concepto instrumental de pulsión, nos aporta la posibilidad de permitir comprender la dinámica psíquica.

Vimos a lo largo de todo el trabajo, que las pulsiones nos permiten explicar y comprender: las perversiones; la sexualidad normal; la sexualidad infantil; la formación de síntomas neuróticos y a través de ello, el conflicto en términos pulsionales; la compulsión a la repetición que encontramos presente en la conducta de los niños, en la transferencia de los tratamientos psicoanalíticos, en los sueños de las neurosis traumáticas, en el destino implacable que persigue a los seres humanos. Así mismo permite comprender el delirio de grandeza de los paranoicos; el extrañamiento del propio cuerpo; el narcisismo normal y patológico; el estado de enamoramiento; la sublimación como destino pulsional, que justamente es lo que permite la incorporación del hombre a la cultura; la reacción terapéutica negativa; el sentimiento inconsciente de culpa...

Todas estas situaciones de la experiencia clínica y social que se le iban presentando a Freud, lo fueron llevando a construir e ir modificando el concepto de pulsión. Estas experiencias, junto con otras, son base y sustento de la existencia del concepto de pulsión, este surgió de ellos, pero a la vez permite explicarlos y dar una razón teórica de su existencia.

Creo que la importancia fundamental de la pulsión es la de ser un concepto indispensable para la clínica psicoanalítica. Vimos que una de sus características era la de retornar a un estado anterior, y gracias a esta compulsión a la repetición, el sujeto repite en transferencia, en tratamiento y esto es lo que permite llevar a cabo un análisis.

Referencias bibliográficas

- *Hanns, Luis Alberto (1996)*. Diccionario de términos alemanes de Freud. *Editorial Lohlé- Lumen*. Buenos Aires- México
- *Assoun, Paul- Laurent (1982)*. Introducción a la epistemología freudiana. *Siglo veintiuno editores*.
- *Chemama, Roland (1996)*. Diccionario del Psicoanálisis. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires.
- *Laplanche, J. Pontalis, J. (1993)*. Diccionario de Psicoanálisis. *Editorial Labor S.A.* Barcelona
- *Laplanche, J. Pontalis, J. (1997)*. Diccionario de Psicoanálisis. *Editorial Paidós*. Buenos Aires.
- Enciclopedia Encarta 2001, Edición Básica. Microsoft. Disponible en CD ROM
- Real Academia Española. Diccionario de la Lengua Española. Vigésima Edición. 1984. Tomo II. Editorial Espasa- Calpe SA. Madrid.
- Enciclopedia Salvat (1986). Salvat Editores SA. Barcelona
- *Freud, Sigmund (1978)*. *Sobre la versión castellana*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires.
- *Freud, Sigmund (1978/ 1950)*. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?* Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen I
- *Freud, Sigmund (1978/ 1950)*. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito F*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen I
- *Freud, Sigmund (1978/ 1950)*. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 71*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen I
- *Freud, Sigmund (1978/ 1950)*. *Proyecto de psicología. Parte I*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen I
- *Freud, Sigmund (1978/ 1893-5)*. *Estudios sobre la histeria. Parte III* Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen II
- *Freud, Sigmund (1978/ 1894)*. *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia. Parte III*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen III
- *Freud, Sigmund (1978/ 1905)*. *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen VII
- *Freud, Sigmund (1978/ 1908)*. *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen IX
- *Freud, Sigmund (1978/ 1910)*. *Cinco conferencias sobre psicoanálisis. IV*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1910)*. *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1911)*. *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia. Capítulo III*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XII
- *Freud, Sigmund (1978/ 1912)*. *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1913)*. *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. Parte IV*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XIII
- *Freud, Sigmund (1978/ 1914)*. *Introducción del Narcisismo*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XIV
- *Freud, Sigmund (1978/ 1915)*. *Pulsiones y destinos de Pulsión*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XIV
- *Freud, Sigmund (1978/ 1915)*. *Lo inconsciente*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XIV
- *Freud, Sigmund (1978/ 1915)*. *De guerra y de muerte. Temas de actualidad*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XIV
- *Freud, Sigmund (1978/ 1917)*. *22° Conferencia: Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XVI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1917)*. *23° Conferencia: Los caminos de la formación de síntoma*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XVI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1917)*. *26° Conferencia: La teoría de la libido y el narcisismo*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XVI
- *Freud, Sigmund (1978/ 1918)*. *De la historia de una neurosis infantil*. Obras Completas. *Amorrortu Editores S.A.* Buenos Aires. Volumen XVII

- Freud, Sigmund (1978/ 1919). *Lo ominoso*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XVII
- Freud, Sigmund (1978/ 1920). *Más allá del principio del placer*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XVIII
- Freud, Sigmund (1978/ 1923). *Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la Libido*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XVIII
- Freud, Sigmund (1978/ 1923). *El yo y el ello*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XIX
- Freud, Sigmund (1978/ 1926). *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XX
- Freud, Sigmund (1978/ 1930). *El malestar en la cultura*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XXI
- Freud, Sigmund (1978/ 1933). *Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis. 32° Conferencia: Angustia y vida pulsional*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XXII
- Freud, Sigmund (1978/ 1939). *Moisés y la religión monoteísta*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Volumen XXIII
- Freud, Sigmund (1978/ 1940). *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. . Volumen XXIII

